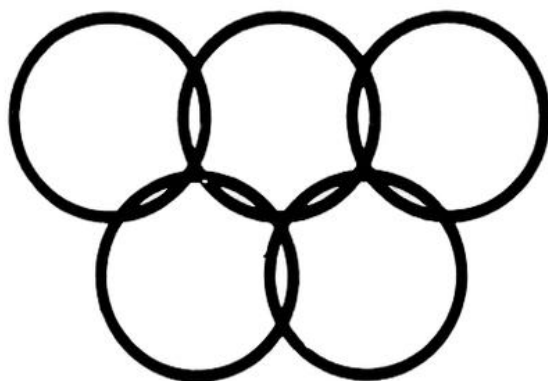
BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION

EL AS ITALIANO

Joseph Berna





COLECCION
DOBLE JUEGO





JOSEPH BERNA

EL AS ITALIANO

**Colección
DOBLE JUEGO n.º 55
Publicación semanal**

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

50 — Falso campeón, Lucky Marty
51 — Indulto en la plaza. Alex Simmons
52 — La pareja más completa, Lou Carrigan
53 — La mordedura de la serpiente, Lem Ryan
54 — Te haré besar la lona. Alex Simmons

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 5.017-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1983
2.ª edición en América: octubre, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès IN 152. Km 21.6501 Barcelona 1983

A José Sanchis Martínez, buen amigo, gran aficionado al fútbol, y fiel lector de todas mis obras.

Joseph Berna

CAPÍTULO PRIMERO

Los graderíos del estadio de la Juventus se hallaban repletos de público, porque el partido había despertado una gran expectación. Era un encuentro muy importante para el equipo turinés, ya que precisaba alzarse con la victoria para poder mantenerse al frente de la clasificación.

Si empataba o perdía se vería seguramente rebasado por el Inter de Milán y la Roma, los dos equipos que, junto con la Juventus, luchaban por conquistar el campeonato.

Eran los tres máximos aspirantes al título de campeón, los que más posibilidades tenían de alzarse con el triunfo final. Se habían destacado notablemente del resto de los equipos, y estos estaban prácticamente descartados, porque la competición se hallaba muy avanzada y eran pocas las jornadas que quedaban por celebrarse.

Por ello, los puntos tenían ahora un gran valor para los tres equipos que marchaban en cabeza, pues apenas quedaba tiempo para recuperar los que se perdiesen.

Un tropiezo, a aquellas alturas del campeonato, podía dar al traste con las esperanzas del equipo que lo sufriese, porque los otros dos aspirantes al título no desaprovecharían la oportunidad de adelantarle en la clasificación.

Los hinchas del conjunto lo sabían y estaban todos muy nerviosos. Confiaban, naturalmente, en la victoria de la «Juve», como solían llamarle la mayoría de ellos, pero no las tenían todas consigo porque el rival de turno no era precisamente una perita en dulce.

Se trataba del Nápoles.

Un equipo peligroso.

Era el cuarto clasificado y había dado más de un disgusto en sus visitas a los estadios de sus rivales, porque desarrollaba magníficamente el fútbol de contraataque.

Sus delanteros eran muy rápidos, hábiles en el regate, y tenían un potente disparo. De manera especial Sandro Mazzarini, su ariete, máximo goleador del Nápoles y del campeonato.

Era un extraordinario delantero centro.

Un jugador excepcional.

Un verdadero fenómeno.

Con sus poderosas arrancadas, sus diabólicos regates y sus disparos a gol, hacía vibrar de entusiasmo a los hinchas del Nápoles.

Desgraciadamente, la defensa del equipo napolitano no era todo lo consistente que sería de desear. Fallaba de vez en cuando y facilitaba la

labor de los delanteros contrarios, que solían aprovecharse de sus despistes para alojar el balón en la red.

Era una pena, porque todo el esfuerzo de los delanteros del Nápoles resultaba muchas veces inútil por la inseguridad de su línea defensiva, que encajaba goles tontos.

Con una zaga más firme, el equipo napolitano estaría ahora luchando por el título, como la Juventus, el Inter y la Roma, en vez de hallarse prácticamente descartado.

A pesar de todo, los directivos del Nápoles no se hallaban descontentos de la campaña que su equipo estaba realizando. Ir clasificados en cuarto lugar, delante de equipos tan importantes como el Milán o la Fiorentina, el Torino o el Cagliari, tenía su mérito.

Antes de empezar el campeonato, hubieran firmado todos ese cuarto lugar sin dudarlo un segundo, porque nadie esperaba llegar tan arriba. Si lograban mantenerlo hasta el final, tendrían derecho a participar en la copa de la UEFA.

Y eso, qué duda cabe, sería un éxito para el Nápoles, después de las dificultades que había tenido que superar en el pasado campeonato, para no descender de categoría.

Y hubiera descendido, de no ser por Sandro Mazzarini y sus goles.

El salvó al Nápoles.

Todos estaban de acuerdo con ello.

Y también gracias a él estaba el Nápoles clasificado en cuarto lugar y con posibilidades de intervenir en la competición europea, que era la meta del equipo napolitano.

Por ello tendría que luchar en los partidos que restaban, lo mismo que el Milán, la Fiorentina y el Torino, que también deseaban participar en el torneo europeo.

Si conseguía algún punto en el estadio de la Juventus, el Nápoles habría dado un gran paso adelante en sus aspiraciones. No sería fácil, desde luego, porque se enfrentaba al líder, pero los jugadores del conjunto napolitano estaban dispuestos a dejarse la piel en el campo con tal de conseguirlo.

Lejos de su estadio, la defensa del Nápoles funcionaba mejor, al sentirse arropada por los centrocampistas, que lógicamente se replegaban para ayudar a contener los ataques del equipo local.

De ahí que el conjunto napolitano obtuviera mejores resultados cuando iba de visita que en su propio campo. Su zaga estaba más apoyada y sus peligrosos delanteros disponían de más espacios libres por los que poder llegar hasta la portería contraria, sorprendiendo muchas veces a los defensas rivales con sus veloces contraataques.

Era cuando más brillaba el juego de Sandro Mazzarini.

Cuando realmente maravillaba al público, haciéndolo levantar de sus

asientos, porque se lanzaba como una flecha hacia la portería rival y era muy difícil frenarle, como no fuera haciéndole falta.

El entrenador de la Juventus, consciente de que el mayor peligro del Nápoles radicaba en Sandro Mazzarini, había dispuesto un férreo marcaje sobre él y sobre los dos extremos, en los que tan bien se apoyaba el delantero centro napolitano.

Había que vigilarlos muy estrechamente a los tres, impedirles jugar la pelota con ventaja, cerrarles todos los caminos para que no pudieran realizar sus peligrosos contraataques.

Los defensas de la Juventus tenían orden de no adelantarse bajo ninguna circunstancia en aquel partido, porque, si se lanzaban alegremente al ataque para apoyar a sus delanteros, serían con toda facilidad pillados al contrapié por los veloces delanteros del Nápoles y podía venir el gol en contra.

El técnico del equipo de Turín había insistido en ello a lo largo de toda la semana. No quería alegrías de sus zagueros en el choque contra el Nápoles, tenían que limitarse a evitar las penetraciones de los tres puntas napolitanos, impedir que marcasen un solo gol. Con ello se daría por satisfecho.

De perforar la meta del Nápoles, ya se encargarían los delanteros de la «Juve», que también eran muy peligrosos y estarían, además, perfectamente apoyados por los centrocampistas.

En el palco presidencial, Luciano Cavani, presidente del Nápoles, acababa de encender un magnífico cigarro, obsequiado por el presidente de la Juventus, quien le había invitado amablemente a presenciar el encuentro junto a él.

Ambos presidentes se hallaban igualmente nerviosos, conscientes de lo que se jugaban sus respectivos equipos en aquel partido. Por ello, más que fumar, mordían los cigarros, mientras aguardaban a que los equipos saltasen al terreno de juego.

El presidente de la Juventus quería fichar a Sandro Mazzarini para su equipo y había hecho varias ofertas a Luciano Cavani, pero este las había rechazado, porque no deseaba traspasar a la estrella de su equipo.

Y no era solamente el presidente de la «Juve» quien se interesaba por el fabuloso delantero centro del Nápoles. Luciano Cavani había recibido también tentadoras ofertas de los presidentes del Inter, de la Roma, del Milán y de la Fiorentina.

Todos estos equipos querían tener en sus filas a Sandro Mazzarini, máximo goleador del actual campeonato, pero parecía que se iban a quedar con las ganas, porque Luciano Cavani no se dejaba tentar por suma alguna.

Estaba decidido a que Sandro Mazzarini continuase en el Nápoles.

Y, como el jugador tampoco expresaba deseo alguno de cambiar de

equipo, el traspaso de Sandro Mazzarini era poco menos que imposible.

De pronto, los cimientos del estadio de la Juventus se estremecieron a causa del clamoroso recibimiento que el público dispensó a los jugadores de ambos equipos, que ya estaban saltando al campo.

¡El trascendental encuentro iba a comenzar!

CAPÍTULO II

Los jugadores de la Juventus ocuparon provisionalmente la parte derecha del campo y comenzaron a pelotear, corretear y poner a prueba a su portero, que era un gran guardameta.

Los jugadores del Nápoles hicieron lo propio en la otra mitad del campo. Los disparos a gol de Sandro Mazzarini, pese a no ir en serio, pusieron los pelos de punta a muchos de los hinchas del equipo de Turín.

Y es que todas las miradas estaban puestas en el delantero centro del conjunto napolitano, que parecía hallarse más en forma que nunca.

Ágil...

Rápido...

Seguro de sí mismo...

Como para echarse a temblar.

Un hincha del equipo turinés murmuró:

—Daría la paga de un mes para que Mazzarini resbalara a los cinco minutos de partido, se lastimase la rabadilla y tuviese que ser sustituido.

—Yo daría hasta la mujer —dijo otro seguidor de la «Juve», que estaba a su izquierda.

—¿Tan fea es?

—De fea, nada. Está más buena que Ornella Muti.

—¡Entonces dámela a mí!

—Si Mazzarini se cae a los cinco minutos, se lastima la rabadilla, y es sustituido, tuya es.

—¡Hombre, eso es muy difícil que suceda!

—Naturalmente. Si hubiera muchas probabilidades de que ocurriera, no te habría ofrecido al bombón de mi mujer. ¿O es que te crees que soy tonto?

Se echaron a reír los dos.

Los espectadores más próximos a ellos, que habían oído lo que decían, rieron también.

Mientras tanto, el árbitro había llamado a los capitanes de ambos equipos y ya estaba procediendo al sorteo de los campos. Eligió campo el capitán de la Juventus y correspondió hacer el saque inicial al conjunto napolitano.

Segundos después, con los jugadores de los dos equipos ocupando ya sus respectivas demarcaciones, el juez de la contienda hizo sonar su silbato y dio comienzo el partido.

Sandro Mazzarini puso el balón en movimiento, retrasándolo sobre uno

de los centrocampistas de su equipo, para, inmediatamente después, adentrarse en el campo que defendía la Juventus.

Los extremos del Nápoles también se adelantaron, pero tanto ellos como Sandro se vieron enseguida marcados de cerca por los defensas del equipo turinés, que se convirtieron prácticamente en sus respectivas sombras.

El número 8 del equipo napolitano intentó enviar la pelota al extremo derecho, pero el defensa que marcaba a este se mostró terriblemente expeditivo y no permitió que el 7 del Nápoles se hiciera con el balón, que fue recogido por un delantero de la Juventus.

El equipo local se lanzó furiosamente al ataque, espoleado por sus seguidores, y puso por primera vez en apuros a la defensa napolitana, que tuvo que ceder el primer saque de esquina.

El córner se sacó, muy peligrosamente, pero el portero del Nápoles salió con decisión y consiguió despejar la pelota con el puño, lanzándola fuera del área.

El balón fue a caer a los pies del número 10 del conjunto napolitano, quien inmediatamente se proyectó hacia adelante, tratando de hilvanar el primer contraataque.

Sandro Mazzarini y los extremos intentaron burlar la vigilancia de los defensas contrarios, pero estos los persiguieron como perros de presa.

El número 10 del Nápoles envió un pase largo, confiando en que Sandro corriera más que su marcador y llegara antes al balón, mandado con precisión a un espacio libre.

Sandro, en efecto, superó en la carrera al defensa turinés y se hizo con el esférico, llevándolo hacia el área rival.

El libero de la «Juve» le salió al paso, decidido a cortar su penetración como fuera, porque tras él solo quedaba el portero.

Sandro le hizo un quiebro sensacional y lo dejó sentado en la hierba, sin posibilidad alguna de cortar su avance, aunque fuera haciéndole falta.

El ariete del Nápoles iba ya directo hacia el portal de la Juventus.

El portero turinés no tuvo más remedio que salir, para cubrir mejor su portería.

Sandro, antes de que el meta de la «Juve» se arrojara a sus pies, disparó con la pierna derecha, con potencia y colocación.

El cancerbero del equipo turinés se lanzó magistralmente y llegó a rozar el cuero con la punta de los dedos de su mano derecha, pero no pudo desviarlo lo suficiente y el balón se incrustó en su portería.

¡Era el 0-1!

¡El Nápoles se ponía por delante en el marcador!

¡Y a los pocos minutos de iniciado el partido!

* * *

Sandro Mazzarini estaba siendo abrazado por sus compañeros.

Había sido un gol sensacional.

De los suyos.

¡Made in Mazzarini! vamos.

El júbilo de los jugadores del Nápoles contrastaba con el disgusto de los jugadores de la Juventus, de su entrenador, de su presidente y de sus hinchas.

Y es que el liderazgo del equipo turinés peligraba.

Quedaba mucho partido por delante, eso era cierto, pero no iba a ser fácil remontar el 0-1 que campeaba en el marcador, porque el gol, lógicamente, iba a dar mucha moral al conjunto napolitano.

Por contra, el tanto encajado por la Juventus iba a pesar como una losa entre los jugadores locales, conscientes de que una derrota frente al Nápoles podía suponerles la pérdida del campeonato.

En el palco de honor, el presidente de la Juventus tenía la cara más larga que una tira de fichas de dominó. Ya cuando vio que Sandro Mazzarini dejaba atrás al defensa que le marcaba y se hacía con el balón servido por el número 10 de su equipo, empezó a intuir la tragedia por lo que le clavó los dientes al puro.

Sabía que el ariete napolitano era muy capaz de driblar al libero de la «Juve» y batir al guardameta. Y no se había equivocado, porque Mazzarini alojó el esférico en la red de un formidable trallazo, cobrando ventaja para su equipo.

Una ventaja que el presidente de la Juventus sospechaba sería tremendamente difícil de superar, porque el Nápoles, lejos de su estadio, se cerraba muy bien y no era fácil hacerle goles.

El presidente del Nápoles era la otra cara de la moneda, ya que no cabía en sí de gozo.

—¡Mazzarini vale su peso en oro! —exclamó, eufórico.

—¿Cuánto pesa Mazzarini? —preguntó el presidente de la Juventus.

—¡Ochenta y dos kilos, creo!

—Le ofrezco ochenta y dos kilos de oro por él, señor Cavani.

El presidente del Nápoles rio con fuerza.

—¡Déjese de bromas!

—Le hago la oferta en serio —aseguró el presidente del equipo turinés —. Quiero fichar a Mazzarini.

—¡Mazzarini no está en venta, amigo mío!

—Pida por esa boca, señor Cavani. ¿Cuánto quiere por él?

—¡Nada, no insista! ¡Mazzarini no se traspasa, seguirá en el Nápoles mientras yo sea presidente!

—Maldito testarudo... —rezongó el presidente de la Juventus, y le arreó otro bocado al puro.

No hablaron más, porque el juego se había reanudado ya.

Como era de esperar, el equipo local desencadenó una terrible ofensiva sobre el portal del Nápoles, tratando de conseguir el gol del empate lo antes posible.

Si llegaba pronto, la moral de los jugadores de la Juventus se levantaría, a la vez que hundiría un poco la del conjunto napolitano.

El Nápoles se replegó aún más, para evitar la igualada del equipo de Turín. Fueron unos minutos muy difíciles, casi angustiosos, pues el gol del empate se veía venir, y hasta los delanteros del conjunto napolitano bajaron para echar una mano a sus defensas.

No obstante, Mazzarini y los dos extremos no pensaban renunciar al contraataque, y se lanzarían de nuevo hacia el campo rival en cuanto se les presentase la oportunidad.

El juego se había endurecido, porque la Juventus atacaba con rabia y el Nápoles se defendía con mucho coraje, también, por lo que se sucedían los encontronazos.

El árbitro, tal vez influenciado por el ambiente, que no podía ser más apasionado, se mostraba más severo con los jugadores visitantes que con los locales a la hora de señalar las faltas.

A los veinte minutos de partido, castigó con golpe franco directo al Nápoles, justo al borde del área.

Era una falta muy peligrosa y podía suponer el empate para la «Juve».

El árbitro contó los pasos y se formó la barrera.

El silencio se hizo en el estadio.

Un silencio tenso.

Expectante.

Se mascaba el tanto de la igualada.

El presidente de la Juventus se quitó el cigarro de la boca, para no comérselo de rabia si el lanzamiento no se traducía en gol.

Luciano Cavani, por su parte, contuvo la respiración.

Sabía que el balón podía acabar en la red, porque los delanteros de la Juventus sacaban muy bien los golpes francos, eran verdaderos especialistas.

El portero del Nápoles, nervioso, aguardaba la ejecución de la peligrosa falta. El árbitro pitó y el delantero centro del conjunto turinés lanzó el balón por encima de la barrera, con mucho efecto, buscando la escuadra de la portería del Nápoles.

El meta napolitano se estiró todo lo que pudo, pero no llegó a la pelota y esta se estrelló contra las mallas.

CAPÍTULO III

—¡¡¡GOOOOOOOL!!!

Era lo que gritaban miles y miles de gargantas.

Las de los hinchas de la Juventus.

Y no se limitaban a cantar el tanto del empate conseguido por el equipo de sus amores. Habían saltado de sus asientos y brincaban una y otra vez, jubilosos.

Se abrazaban.

Se daban palmadas en la espalda.

Y hasta se tiraban del pelo unos a otros, culminando la explosión de júbilo que había provocado el gol del equipo local, del líder del campeonato, del aspirante número uno al título.

Si ganaba al Nápoles, claro.

De momento, solo había empatado el encuentro.

Pero aún restaban setenta minutos de juego.

La Juventus podía meter otro gol y anotarse los dos puntos que tanta falta le hacían para no verse rebasado por el Inter y por la Roma.

Los seguidores del equipo turinés, eufóricos, estaban ahora convencidos de que la Juventus ganaría el partido. El tanto del empate habría levantado la moral de los jugadores, que tras la consecución del gol habían formado una auténtica piña, abrazándose y felicitándose por la igualada conseguida.

Naturalmente, la cara del presidente de la Juventus había cambiado.

Ya no era larga como una tira de fichas de dominó, sino ancha como un sombrero mexicano... Y es que rezumaba alegría por todos los poros de su cuerpo.

También había saltado de su asiento al ver que el balón se colaba en la portería del Nápoles, tras la magnífica ejecución del golpe franco por parte del delantero centro de su equipo.

—¡Qué gol, madre! —exclamó, mientras aplaudía a sus jugadores con toda la fuerza de que era capaz.

—No era falta —rezongó Luciano Cavani, visiblemente disgustado—. El árbitro no debió señalar golpe franco. Está barriendo para casa desde que conseguimos nuestro gol.

—¿Decía, señor Cavani? —preguntó el presidente de la Juventus.

—Nada —gruñó el presidente del Nápoles, y mordió el cigarro con verdadero rabia.

El presidente local se sentó de nuevo, porque los jugadores de la

Juventus se lanzaron de nuevo rabiosamente al ataque, en busca del gol de la victoria.

Sus seguidores les alentaban a ello, ovacionando cada pase, cada penetración, cada jugada, y los jugadores turineses, pletóricos de moral, se comían literalmente la hierba.

El Nápoles estaba acorralado.

No podía salir de su parcela.

Los peligros se sucedían y se mascaba de nuevo el gol.

Sin embargo, pasaban los minutos y no llegaba el tanto que pondría por delante a la Juventus.

Faltaban solo cinco minutos para el término de la primera parte.

La ofensiva de la «Juve» no había remitido, por lo que sus hinchas aún confiaban en que llegara el segundo gol antes del descanso.

Y llegó.

Justo en el minuto cuarenta y cuatro.

Pero no lo marcó la Juventus.

¡Lo había marcado el Nápoles!

* * *

Los seguidores del equipo turinés no podían creerlo.

Y eso que lo habían visto con sus propios ojos.

El Nápoles jugaba en su parcela, embotellado, defendiéndose como gato panza arriba. De pronto, sin saber cómo, en un despeje afortunado de uno de los zagueros, el balón fue a parar a los pies de Sandro Mazzarini.

Entonces...

Era lo que no podían creer los hinchas de la Juventus.

El ariete del equipo napolitano había arrancado desde su propio campo, completamente solo, sin esperar el apoyo de los extremos ni de nadie.

Se diría que sabía que el árbitro estaba a punto de pitar el final de la primera parte y no quería perder tiempo.

El caso es que se disparó como una flecha y cruzó así la línea divisoria del terreno, pleno de facultades, de potencia, de fe en sí mismo.

Los defensas de la Juventus le salieron decididamente al paso, pero Sandro Mazzarini los dribló fantásticamente a todos.

¡Y sin dejar de galopar como un caballo de carreras!

Los zagueros, que habían sido limpiamente rebasados por él, le persiguieron como si les hubiese robado la cartera, pero era imposible alcanzar a alguien que corría de aquella manera.

¡Y sin perder en ningún momento el dominio del balón!

¡Era algo portentoso!

El portero de la Juventus, al ver venir hacia él a Mazzarini como un bólido de Fórmula 1, dudó entre salir o esperar su disparo allí, cerca de los

palos.

La vez anterior salió, y el delantero del Nápoles chutó y le cruzó magníficamente la pelota, incrustándola en su portería, así que no sirvió de nada.

De todos modos, era mejor abandonar la portería que esperar el chupinazo de Mazzarini.

¡Lo fusilaría irremisiblemente!

El guardameta turinés apretó los dientes y salió rápidamente al encuentro del ariete del Nápoles.

Mazzarini no chutó esta vez.

Se había empeñado en meterse en la portería de la Juventus con el balón pegado a la punta de su bota.

¡Y lo consiguió!

El meta turinés se arrojó valientemente a sus pies, pero Mazzarini lo burló de forma espectacular y lo dejó tendido en el césped, mientras él continuaba su carrera hacia el portal de la Juventus, perseguido por los defensas locales, que no pudieron alcanzarle.

Sandro Mazzarini, ante el estupor de los hinchas de la Juventus, se metió en la portería con la pelota pegada al pie y besó las mallas, estableciendo el 1-2 en el marcador.

¡El Nápoles volvía a cobrar ventaja!

¡Y a solo un minuto del descanso!

¡No quedaba tiempo para buscar la igualada antes de retirarse a los vestuarios!

Efectivamente, apenas se reanudó el juego, el árbitro pitó el fin de la primera parte y los jugadores de ambos equipos se retiraron del terreno.

La segunda parte iba a ser terrible.

No apta para cardíacos, como suele decirse.

Pero, ¿acaso había sido apta para cardíacos la primera?

* * *

En el palco presidencial, nuevamente con cara de enorme satisfacción, Luciano Cavani extrajo un par de cigarros del bolsillo interior de su chaqueta, porque del que le obsequiara el presidente de la Juventus ya no quedaba ni la vitola.

Tampoco a su colega le quedaba nada del puro que encendiera, por lo que Luciano le ofreció uno de los suyos.

—¿Nos fumamos otro habano?

El presidente del equipo turinés, materialmente hundido en su butaca, porque todavía no había conseguido reaccionar tras el golazo de Sandro Mazzarini, alzó los ojos lentamente y lo miró con cara de robot.

—¿Qué? —murmuró.

—Digo que si nos fumamos otro purito.

—No.

—Yo acepté el que me ofreció usted, ¿recuerda?

—Eran otros tiempos.

—¿Cómo otros tiempos? ¡Si todavía no hace una hora de eso!

—A mí me parece que ha pasado un siglo.

Luciano Cavani no pudo contener la risa.

—¿Tanta impresión le ha causado nuestro segundo gol?

—Eso no ha sido un gol.

—¿Va a decirme que había fuera de juego? —repuso Luciano, burlón.

—Lo que iba a decir es que ha sido una obra de arte.

—¡Como que Sandro Mazzarini es un artesano del fútbol, amigo mío! —rio de nuevo el presidente del Nápoles.

—Sí, es un auténtico as del balompié.

—Es el mejor delantero centro que tenemos actualmente en Italia. Está de acuerdo conmigo, ¿verdad?

—Desde luego —asintió el presidente de la Juventus.

—Vamos, acepte el puro —insistió Luciano.

El presidente de la «Juve» lo cogió, pero dijo:

—Lo encenderé en el segundo tiempo.

—¿Cuándo empate su equipo... o cuando el mío consiga el 1-3?

El presidente del equipo turinés tuvo un fallo cardíaco al oír lo del 1-3.

—¿Es que quiere que me dé un infarto? —exclamó.

—¡No, por Dios! —rio Luciano.

—Tenemos que empatar. Y si es posible, ganar.

—Dificilillo lo veo, porque Mazzarini está mejor que nunca.

—No podemos perder este partido. ¡Nos costaría el campeonato!

—Es su problema, amigo mío. Nosotros queremos participar en la próxima Copa de la UEFA, y si conseguimos hoy los dos puntos, o al menos uno, tendremos muchas posibilidades de lograrlo.

El presidente de la Juventus lo agarró del brazo y suplicó:

—Traspáseme a Mazzarini, por lo que más quiera.

Luciano Cavani volvió a reír.

—Lo siento, no puede ser. Sandro Mazzarini es intransferible.

—¡Se lo cambio por dos delanteros de los nuestros!

—No.

—¡Por tres!

—No.

—¡Por Sofía Loren!

Luciano Cavani soltó una carcajada.

—¿Estaría de acuerdo Carlo Ponti?

El presidente de la Juventus puso una cara muy rara.

—¿Qué pinta Carlo Ponti en esto?

—Hombre, si me ofrece usted a Sofía Loren por Sandro Mazzarini...

—¿De veras le he ofrecido yo a...?

—Sí.

El presidente del equipo turinés se llevó la mano a la frente.

—Discúlpeme, ya no sé ni lo que me digo.

* * *

La segunda parte, efectivamente, resultó no apta para cardíacos.

El equipo de la Juventus salió en tromba, intentando nivelar cuanto antes el marcador, pero el portero y la defensa del Nápoles, apoyados por el resto del equipo, respondieron bien.

A pesar de ello, y merced a un penalty, ocasionado por una mano involuntaria, que el árbitro estimó intencionada, la Juventus consiguió el 2-2.

Esto sucedía en el minuto setenta y cinco del encuentro.

Tan solo siete minutos después, a ocho del final y gracias a un rechace desafortunado de uno de los defensas del Nápoles, el equipo de Turín lograba el 3-2.

El estadio era un puro clamor, pues parecía que el partido estaba ganado por lo poco que restaba para el final.

Sin embargo, a dos minutos del término del encuentro, en otra sensacional jugada personal, Sandro Mazzarini conseguía llegar hasta el borde del área de la Juventus y desde allí largó un cañonazo con la pierna izquierda que hizo inútil la estirada del portero turinés.

El balón se coló en la portería como un obús.

Era el 3-3.

Y así concluyó el partido.

CAPÍTULO IV

Un par de días después, al regresar a su casa, Luciano Cavani se vio abordado por un par de tipos.

Eran altos.

Corpulentos.

Y tenían aspecto de matones.

—¿El señor Cavani? —preguntó el de la derecha.

—Sí, soy Luciano Cavani —asintió el presidente del Nápoles—. ¿Qué es lo que desean?

—Que nos acompañe.

—¿Adónde?

—No haga preguntas y obedezca —advirtió el otro individuo:

Luciano Cavani se asustó.

Había cumplido ya los cuarenta y cinco años de edad, no era un hombre alto, ni tampoco musculoso, así que no podía ofrecer resistencia.

Uno de los tipos lo agarró del brazo.

—Vamos, señor Cavani.

Luciano se dejó llevar.

Había anochecido ya, por lo que nadie vio que el presidente del Nápoles era obligado a caminar por un par de individuos de fea catadura.

Lo metieron en un coche negro.

Al volante había un tercer sujeto, igualmente grandote, fornido y con cara de bruto. Puso el coche en marcha en cuanto sus compañeros introdujeron a Luciano Cavani en el vehículo y se sentaron con él, flanqueándolo.

—¿Qué es esto, un secuestro? —se atrevió a preguntar el presidente del Nápoles.

—No, no es un secuestro —respondió el fulano que se había sentado a su izquierda.

—Solo queremos hablar con usted —dijo el otro individuo que le flanqueaba.

—¿Hablar de qué?

—Lo sabrá cuando lleguemos.

—¿Cuándo lleguemos a dónde?

—A un lugar solitario y tranquilo, donde nadie nos moleste mientras conversamos.

—Donde nadie nos vea, querrán decir.

Los tipos sonrieron fríamente, pero no respondieron.

Luciano Cavani seguía con el miedo metido en el cuerpo.
¿Qué pensaban hacerle aquellos individuos?
¿Por qué lo sacaban de la ciudad?
¿Qué querían de él?
Habían negado que fuera un secuestro, pero, por su forma de actuar, lo parecía.
Luciano Cavani no tenía enemigos, así que no podía pensar que aquellos hombres lo llevasen a un lugar solitario para propinarle una paliza o asesinarle a tiros, pagados por alguien.
Lo del secuestro parecía más lógico, pues aunque él no era uno de los hombres más ricos de Nápoles, sí poseía dinero suficiente como para pagar un rescate importante.
Claro que si realmente se trataba de un secuestro, ¿por qué iban a negarlo los tipos?
Ellos eran tres.
Tres hombres fuertes y musculosos.
Luciano no podía intentar nada contra ellos, aunque hubiesen admitido que lo secuestraban para pedir un fuerte rescate, así que no tenían por qué ocultárselo.
¿Entonces?
El presidente del Nápoles no sabía qué pensar, se hallaba absolutamente desconcertado.
El coche de los tipos se había alejado ya varios kilómetros de la ciudad, tomando una carretera de escaso tráfico.
De pronto, el individuo que iba al volante sacó el automóvil de la carretera y lo metió por entre los árboles. Poco después, lo detenía y apagaba las luces.
El sujeto que iba sentado a la izquierda de Luciano Cavani descendió del vehículo y ordenó:
—Salga.
El presidente del Nápoles se asustó aún más, porque se decía que si aquellos hombres lo hubiesen llevado a aquel solitario lugar solamente para hablar con él, no lo obligarían a salir del coche.
El fulano que estaba sentado a su derecha lo empujó.
—Abajo, señor Cavani.
Luciano no tuvo más remedio que salir del coche.
El tipo que lo empujaba también salió del vehículo, lo mismo que el sujeto que iba sentado al volante.
Luciano se vio rodeado por los tres y sintió que le flaqueaban las rodillas, ya que, por sus gestos amenazantes, parecía que iban a darle una buena paliza.
Con voz trémula, preguntó:

—¿Qué es lo que quieren de mí? ¿Por qué me han traído aquí? ¿Por qué me han hecho salir del coche?

—Vamos a hablar de Sandro Mazzarini —dijo uno de los tipos.

—¿De Mazzarini?

—Sí.

Luciano, más desconcertado aún que antes, preguntó:

—¿Qué es lo quieren saber?

—La cantidad que pide por su traspaso.

—Ninguna, porque el Nápoles no quiere traspasar a Mazzarini —respondió Luciano, sin dudarlo ni un segundo.

El individuo que le estaba hablando le clavó el puño en el estómago.

El presidente del Nápoles dio un grito y se encogió, agarrándose la zona castigada. Como parecía que iba a caer al suelo, los tipos que tenía a su derecha e izquierda lo agarraron de los brazos y lo sostuvieron.

El otro fulano, el que le atizara el doloroso puñetazo en el estómago, lo agarró del pelo y lo obligó a levantar la cabeza.

—Usted es quien manda en el Nápoles, señor Cavani, pues por algo es el presidente. Ya sabíamos que no desea traspasar a Mazzarini, pero nosotros vamos a convencerle. Para eso lo hemos traído aquí, a este lugar tan tranquilo y tan solitario —dijo, y le hundió de nuevo el puño en el estómago.

Luciano gritó, pero esta vez no pudo doblarse, porque el tipo que le golpeaba no le soltó el pelo.

El matón le concedió un par de minutos para que se recuperara un poco de los golpes, y luego preguntó:

—¿Ha cambiado ya de parecer, señor Cavani, o tendré que propinarle algunos puñetazos más?

—¿A qué tipo quieren que traspase a Mazzarini? —preguntó Luciano, para saber quién había enviado a aquellos tres gorilas.

—¿A que no lo adivina? —sonrió el matón.

Luciano, como estaba tan reciente el partido Juventus-Nápoles, y el disgusto que su equipo había dado a los de Turín, arrebatándoles un punto muy importante, murmuró:

—¿La Juventus?

—No.

—¿El Inter?

—No.

—¿La Roma?

—Sigue frío, señor Cavani.

—¿El Milán, tal vez?

—No.

—¿La Fiorentina?

—Tampoco.

—Pues no he recibido ofertas de ningún equipo más.

—La recibirá muy pronto, señor Cavani.

—¿De quién?

—El Chicago Sport.

Luciano respingó.

—¿El Chicago qué?

—Chicago Sport.

—¿Un equipo americano?

—Sí.

—¿Pretenden que envíe a Mazzarini a Estados Unidos?

—Exacto.

—¡Ni hablar! —exclamó Luciano, sin pensar en las consecuencias.

Y fueron terribles.

Sí, porque el tipo que le había golpeado le soltó el pelo y lo agarró de las orejas, como si deseara arrancárselas de cuajo.

Y lo intentó.

Luciano chilló agudamente.

De repente, la rodilla derecha del matón ascendió con brusquedad y se incrustó entre los muslos del presidente del Nápoles, aplastándole sus órganos masculinos.

El alarido que lanzó Luciano Cavani fue realmente ensordecedor.

Sentía un dolor terrible en los genitales.

De no ser porque los otros dos matones lo sostenían, se hubiera desplomado en el acto.

A todo esto, el tipo que le había asestado el rodillazo entre las piernas seguía retorciéndole las orejas.

—¡Basta, por favor! —suplicó Luciano, con lágrimas en los ojos.

El matón le soltó las orejas y preguntó:

—¿Traspasará a Mazzarini al Chicago Sport, señor Cavani?

—Sí, no me golpeen más.

—¿Seguro que lo hará?

—Les doy mi palabra.

—Si comete el error de avisar a la policía lo lamentará toda su vida, porque con la Mafia no se juega.

Luciano se estremeció.

—¿La Mafia?

—Sí, nosotros pertenecemos a ella. Es la Mafia la que quiere que Sandro Mazzarini viaje a América y juegue en el Chicago Sport. Y usted no debe oponerse, señor Cavani, porque tiene esposa e hijos, y ellos serían los primeros en sufrir las consecuencias de su negativa —advirtió el tipo.

El presidente del Nápoles, aterrado, aseguró:

—Mazzarini jugará en ese equipo americano, no se preocupen.

CAPÍTULO V

Dos días después, en la sede social del Nápoles, se recibía una llamada de Chicago, que Luciano Cavani atendió desde su despacho.

—¿Diga?

—¿Hablo con el señor Cavani, presidente del Nápoles? —preguntaron a través del hilo telefónico, en italiano, aunque con claro acento extranjero.

—Sí, soy Luciano Cavani —respondió el presidente del equipo napolitano, en tono más hosco, pues sabía quién y por qué le llamaba desde Chicago.

—Mi nombre es Paul Rexton y soy el presidente del Chicago Sport — se presentó el americano.

—¿Qué desea, señor Rexton?

—Me han informado que quieren traspasar ustedes a Sandro Mazzarini, su delantero centro.

Luciano estuvo a punto de soltar un taco.

—Conque eso le han dicho, ¿eh? —masculló.

—¿Es cierto, señor Cavani?

—Sí —gruñó Luciano.

—Nos encantaría fichar a Mazzarini para nuestro equipo, señor Cavani. Sabemos que es un extraordinario jugador, un gran delantero centro, un goleador nato.

—Sí, es todo eso y más.

—Con Mazzarini en el eje de nuestra delantera, el Chicago Sport no tendría rival. ¡Ni siquiera el Cosmos de Nueva York podría con nosotros!

—Seguro que no.

—¡Seríamos campeones!

—Apuesto a que sí.

—¿Cuánto piden por Mazzarini, señor Cavani?

—¿Cuánto ofrecen ustedes?

—Cinco millones de dólares.

El presidente del Nápoles casi salta de su sillón.

—¿Cinco millones? —exclamó.

—¿Qué pasa, le parece poco?

Luciano, muy nervioso, balbuceó:

—Bueno, la verdad es que...

—Está bien, le ofrezco seis millones. No vamos a discutir por millón más o millón menos.

—Seis millones —murmuró Luciano, sin poderlo creer.

—Sí.
—De dólares...
—Claro, no iban a ser de liras —repuso el presidente del Chicago Sport.
—¿Forma de pago? —preguntó Luciano.
—Al contado, naturalmente.
—¿Y las condiciones para el jugador?
—Las que él pida.
—¿Lo dice en serio?
—Sí, Mazzarini no tendrá queja de nosotros. Aceptaremos sus condiciones, sean las que sean. Es una estrella, un auténtico as del balompié, y le pagaremos lo que nos pida para tenerlo contento. Queremos que juegue en nuestro equipo con alegría, con ilusión, como lo hace partido tras partido en el Nápoles.
—Comprendo.
—¿Trato hecho, pues, señor Cavani?
—Sí, señor Rexton.
—Magnífico. Les espero a usted y al jugador para firmar el contrato.
—¿Cuándo debemos salir hacia ahí?
—Lo antes posible. Si puede ser mañana, mejor que pasado. A nuestro campeonato le quedan solamente ocho partidos y el Chicago Sport está clasificado en segunda posición, a tres puntos del Cosmos, que va el primero. Con Mazzarini en nuestras filas, aún podemos adelantar al equipo de Nueva York y proclamarnos campeones.
—Está bien, señor Rexton. Haremos lo posible por salir mañana mismo.
—Les quedaré muy agradecidos, señor Cavani. Tómese nota de nuestro número de teléfono y avíseme antes de salir de Italia. Quiero saber en qué vuelo llegan, para salir a recibirles.
—De acuerdo.
Luciano anotó el número en una libreta.
Después, Paul Rexton se despidió de él y cortó la comunicación.

* * *

Sandro Mazzarini acudió a la sede social del Nápoles.
Había sido llamado urgentemente por el presidente, y el jugador estaba intrigado.
Luciano Cavani lo recibió en su despacho.
—Aquí estoy, señor Cavani.
—Pasa, Sandro, y siéntate —rogó el presidente del Nápoles, con nerviosa sonrisa.
El futbolista dio unos pasos y ocupó uno de los sillones que había frente

a la mesa del presidente de su equipo.

—¿Qué sucede, señor Cavani? ¿Por qué me ha llamado con tantas prisas?

—No te lo vas a creer, muchacho.

—Vamos, no me tenga más tiempo sobre ascuas, o acabaré poniéndome nervioso.

—Yo ya lo estoy —confesó Luciano.

—Se le nota.

—Voy a traspasarte, Sandro.

El jugador respingó a causa de la sorpresa.

—¿Traspasarme?

—Sí.

—Pero si usted siempre decía que...

—Que no quería traspasarte, ya lo sé. Pero he recibido una oferta que no he podido rechazar. Le interesa al Nápoles y te interesa a ti, Sandro.

—Quién ha hecho esa oferta tan interesante, ¿la «Juve»? —preguntó el jugador.

—No, no ha sido la Juventus. Ni ningún otro equipo italiano.

—¿Qué...?

—Ha sido un equipo extranjero.

—¿De qué país?

—Estados Unidos.

Mazzarini brincó del sillón.

—¿Va a traspasarme a un equipo americano? —exclamó, sin poderlo creer.

Luciano asintió con la cabeza y reveló:

—El Chicago Sport. Es uno de los mejores equipos de Estados Unidos. Va el segundo en la tabla, a solo tres puntos del Cosmos de Nueva York, que es el líder. Quedan ocho partidos y, con tu incorporación, el Chicago Sport aún puede ser campeón.

—No quiero jugar en América —respondió Mazzarini.

—¿Qué?

—Lo que ha oído.

—Pero...

—Quiero seguir en Italia, señor Cavani. Y preferiría continuar en el Nápoles, pero si desea usted traspasarme, véndame a la Juventus, al Inter, a la Roma o a cualquier otro equipo de nuestro país. También le pagarán bien.

—Ni la mitad que el equipo americano.

—¿Qué?

—¿Sabes cuánto me ha ofrecido el presidente del Chicago Sport por ti, Sandro?

—No.

—Seis millones de dólares.

El jugador se quedó con la boca abierta.

—¿Seis millones de...? —murmuró, cuando fue capaz de articular palabras.

—Sí, muchacho.

—Seguro que está de broma.

—Te aseguro que no.

Mazzarini volvió a sentarse en el sillón, muy lentamente, sin dejar de mirar al presidente del Nápoles.

—¿Cómo es posible, señor Cavani?

Luciano sonrió.

—Los equipos americanos tienen mucho dinero, Sandro. Y tú eres un jugador excepcional. En Estados Unidos lo saben. El presidente del Chicago Sport se había enterado de que te pretendían los mejores equipos de Italia, y ofreció una suma que sabe no puede ofrecer ninguno de los equipos de nuestro país. Sabía, también, que yo no quería traspasarte, así que me ofreció una cantidad que adivinaba no sería capaz de rechazar. Y acertó.

—Seis millones de dólares... —repitió el futbolista.

—Eso, para el Nápoles. Para ti, lo que pidas.

—¿Eh?

—El presidente del Chicago Sport está dispuesto a aceptar tus condiciones, por muy exigentes que sean. Ganarás lo que quieras ganar, muchacho —aseguró Luciano.

—Aun así, preferiría quedarme en Italia —insistió el jugador.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó Luciano—. ¡Es la oportunidad de tu vida, Sandro! ¡Y la del Nápoles!

—Lo sé, pero...

—Te gustará América, ya verás. Y te sentirás muy feliz en Chicago. Paul Rexton, el presidente del Chicago Sport, es una excelente persona y está dispuesto a hacer lo que sea para que te sientas contento en su equipo. Me lo dijo bien claro, muchacho.

—No lo dudo, señor Cavani, pero dejar el Nápoles, y además dejar Italia, es algo que...

—¿Crees que yo no siento que dejes el Nápoles, Sandro? Aunque fuera para jugar en otro equipo italiano, lo sentiría igualmente. El año pasado nos libramos del descenso por ti. Y si este año estamos donde estamos, es también gracias a ti. Con tu marcha, seguramente perderemos el cuarto puesto que ocupamos ahora y no podremos participar en la próxima edición de la Copa de la UEFA. Por mí gusto, hubieras continuado en el Nápoles hasta que colgaras las botas.

—Pues me quedo, señor Cavani.

—¿Y perder seis millones de dólares? ¡Más lo que perderías tú!

—Lo que pierda yo, no me importa, porque me siento muy a gusto en el Nápoles y no me considero mal pagado. Puedo vivir perfectamente con lo que gano.

—Estás diciendo una solemne tontería, Sandro.

—Es posible, pero...

—El Nápoles no puede rechazar seis millones de dólares, así que ficharás por el Chicago Sport, Sandro.

—No puede obligarme, señor Cavani —repuso el jugador.

Luciano se pasó la mano por la cara, cada vez más nervioso.

—No pretendo obligarte, muchacho. Solo trato de hacerte comprender que nos conviene a los dos, al Nápoles y a ti, que fiches por ese equipo americano.

Mazzarini se puso en pie.

—Tendré que pensarlo, señor Cavani.

—No hay tiempo, Sandro. Salimos mañana para Chicago.

—¿Qué?

—Ya tengo reservados los pasajes de avión —informó Luciano.

El jugador lo miró severamente.

—¿Reservó los pasajes sin haber hablado conmigo?

—No pensé que pusieras reparos a tu traspaso, la verdad —carraspeó el presidente del Nápoles.

Mazzarini lo apuntó con el dedo índice.

—Debió consultarme antes, señor Cavani.

—Reservé los pasajes por ganar tiempo, Sandro.

—Pues ya puede anular la reserva, porque no voy a ir a América.

—Sandro, por Dios...

—Está decidido, señor Cavani —dijo el jugador, y caminó hacia la puerta.

Luciano saltó de su sillón.

—¡Espera un momento, Sandro, te lo suplico!

El futbolista, que ya había alcanzado la puerta, se volvió antes de abrirla. Entonces descubrió que las lágrimas habían asomado a los ojos de Luciano Cavani.

—¿Quieres que maten a mí mujer y a mis hijos, Sandro? —preguntó el presidente del Nápoles.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ficha por el Chicago Sport.

CAPÍTULO VI

Sandro Mazzarini se había quedado clavado junto a la puerta, mirando fijamente a Luciano Cavani, que había palidecido visiblemente y temblaba como una hoja.

El presidente del Nápoles no pudo permanecer por más tiempo en pie y se derrumbó literalmente sobre su sillón. Luego se restregó los ojos, para evitar que las lágrimas le resbalasen por las mejillas.

Sandro reaccionó por fin y caminó hacia la mesa, sentándose de nuevo en el sillón.

—¿Qué le sucede, señor Cavani?

—Tengo problemas, muchacho. Problemas muy graves —murmuró Luciano.

—¿Qué ha querido decir con eso de que maten a su mujer y a sus hijos?

—Es lo que pasará, si no fichas por el equipo americano.

—¿Le han amenazado, señor Cavani?

—Amenazado... y golpeado.

—¿Quién?

—Los de la Mafia.

El futbolista guardó casi un minuto de silencio.

Después, preguntó:

—¿Qué tiene que ver la Mafia con mi fichaje por el Chicago Sport, señor Cavani?

—Ellos lo decidieron, Sandro.

—¿Quieren que fiche por el equipo americano?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Cómo empezó todo esto, señor Cavani?

El presidente del Nápoles le refirió su encuentro con los tres hombres de la Mafia, lo que le hicieron y lo que le dijeron. Después, le contó lo que habló con Paul Rexton, presidente del Chicago Sport.

Sandro Mazzarini, con los músculos faciales atirantados, dijo:

—El tal Rexton debe pertenecer también a la Mafia.

—Seguramente.

—Y el Chicago Sport.

—Es posible.

—Por eso tienen tanto dinero —rezongó Sandro.

—Lo que me sorprendió fue que me ofreciera seis millones de dólares

por tu traspaso. Si Paul Rexton pertenece a la Mafia, debía saber que yo había sido amenazado y que accedería a tu traspaso por mucho menos —observó Luciano.

—Los de la Mafia no son tontos, señor Cavani. Para que mi fichaje por el Chicago Sport no despierte sospechas, tiene que ser por una suma muy elevada. Tan elevada que no pueda pagarla ninguno de los equipos italianos que me pretenden. Porque, obviamente, por una oferta similar yo no abandonaría Italia. Para ganar lo mismo en América que aquí, no saldría de mi país.

—Lógico.

—Así, pagando seis millones de dólares por mí nadie sospechará que usted fue obligado a traspasarme.

Dirán que se vio tentado por tan elevada suma y que por eso renunció a mantenerme en el Nápoles.

—Es posible que tengas razón.

—Lo averiguaré, señor Cavani.

—¿Cómo?

—Yendo a América.

El rostro de Luciano Cavani denotó alegría.

—¿Ficharás por el Chicago Sport?

—Sí, no tengo más remedio que hacerlo. Si no ficho por el equipo americano, su esposa y sus hijos sufrirían las consecuencias. La Mafia no amenaza en broma. Y de nada serviría contárselo todo a la policía, porque no podrían protegerle eternamente a usted y a su familia. Más pronto o más tarde, los de la Mafia se vengarían.

—Lo mismo pensé yo.

—Debió contármelo todo desde el principio, señor Cavani.

—No me atreví, Sandro.

—¿Por qué? ¿No confiaba en mí?

—Temí que, al saber que la Mafia andaba de por medio, no quisieras fichar por el equipo americano.

—Pues ha sucedido al contrario, ya lo ha visto. Antes de mencionar a la Mafia no quería ir a América. Ahora, en cambio, estoy decidido a fichar por el Chicago Sport.

—Lo haces por mí y por mí familia, ¿verdad?

—No solo por eso, señor Cavani. Quiero averiguar si Paul Rexton es, tal y como sospechamos, un mafioso. Y si lo es, se arrepentirá de haberme fichado, porque no meteré un gol para su equipo ni aunque los contrarios jueguen con una portería de quince metros de ancha por siete u ocho de alta.

El presidente del Nápoles sonrió.

—No debes hacer eso, Sandro.

—¡Vaya si lo haré!

—Sería muy peligroso para ti.

—No me importa. Los tipos que lo abordaron no debieron golpearle, señor Cavani. Fue una cobardía. Una cobardía, golpearle en el estómago y tirarle de las orejas; el rodillazo en los genitales fue una canallada. Nos lo tienen que pagar de alguna manera.

—Olvídalo, Sandro, te lo ruego. No quiero que te pase nada.

—Nada me pasará, no se preocupe.

—Juega bien, mete muchos goles y maravilla a los americanos. Tienes que hacer honor a la fama de que vas precedido. Triunfa en Estados Unidos, gana todo el dinero que puedas y regresa con él a Italia.

—Lo haré si Paul Rexton me demuestra que no pertenece a la Mafia, que él no tuvo nada que ver en lo que le sucedió a usted. Si es el responsable, habrá realizado el peor de los fichajes, pues un delantero cojo y con muletas sería cien veces más peligroso que yo —aseguró el futbolista.

* * *

Paul Rexton, presidente del Chicago Sport, acudió al aeropuerto acompañado de Conrad Doyle, secretario técnico del club. Luciano Cavani le había telefoneado para indicarle en qué vuelo llegarían a Chicago él y Sandro Mazzarini, y habían ido a recibirles.

Paul Rexton contaba cuarenta años de edad, era alto, delgado, pero de aspecto sano y vigoroso. Vestía con elegancia y resultaba un tipo bastante atractivo, en opinión de las mujeres que se lo disputaban descaradamente, porque el presidente del Chicago Sport continuaba soltero.

Conrad Doyle también seguía soltero, pero a él no se lo disputaba, porque era bastante feo, de mediana estatura, y le sobraban por lo menos quince kilos. Tenía cuarenta y dos años.

El avión que traía al presidente del Nápoles y a la estrella del equipo llegó a su hora, por lo que Paul Rexton y Conrad Doyle no tuvieron que esperar mucho en el aeropuerto.

Luciano Cavani y Sandro Mazzarini fueron reconocidos inmediatamente por el presidente del Chicago Sport y el secretario técnico del club, que se apresuraron a salir a su encuentro.

—Bienvenidos a Chicago —dijo Rexton, con la más cordial de las sonrisas, al tiempo que tendía su diestra al presidente del Nápoles.

Luciano se la estrechó con frialdad.

—Paul Rexton, ¿verdad?

—Sí —asintió el presidente del Chicago Sport, ofreciendo ahora su mano al delantero centro italiano—. ¿Cómo está usted, Mazzarini?

—Muy bien, gracias —respondió Sandro, estrechándole la diestra sin

excesivo entusiasmo.

—Es un placer conocerle personalmente, de verdad.

El jugador no contestó esta vez.

Rexton le soltó la mano y les presentó a Conrad Doyle, quien también estrechó la mano del presidente del Nápoles y la del futbolista, sonriendo con su boca de mono.

Cambiaron algunas palabras más, mientras Luciano Cavani y Sandro Mazzarini recogían sus equipajes. Después abandonaron el aeropuerto y se trasladaron a uno de los mejores hoteles de Chicago, próximo al estadio del Chicago Sport.

Fueron en el coche de Paul Rexton, un lujoso Cadillac, que el propio presidente del equipo americano conducía. Por el camino, Rexton explicó al presidente del Nápoles y al jugador italiano que los iba a instalar provisionalmente en un hotel, mientras Sandro Mazzarini elegía una casa o un apartamento para vivir.

Rexton no lo había hecho porque prefería que el jugador lo eligiese a su gusto. Y se apresuró a aclarar que el alquiler de la casa o del apartamento lo pagaría el club, que también proporcionaría a Mazzarini un magnificó coche.

Todo eran atenciones.

Gentilezas.

Amabilidad.

Sin embargo, Luciano Cavani y Sandro Mazzarini seguían mostrándose fríos, porque no podían olvidar los medios empleados para hacerlos viajar a Chicago.

Continuaban pensando que Paul Rexton pertenecía a la Mafia.

Que era el responsable de todo.

Y no se lo perdonaban.

Especialmente, Sandro.

Estaba firmemente decidido a hacérselo pagar muy caro.

No lo haría, sin embargo, sin antes asegurarse de que el presidente del Chicago Sport era realmente un mafioso, pues no bastaba con que él y Luciano Cavani lo sospecharan.

Sandro quería comprobarlo.

Y cuando tuviese pruebas, de nada le iban a servir a Paul Rexton sus atenciones, sus gentilezas y sus amabilidades.

Sandro estaba dispuesto a hundir al Chicago Sport.

¡Y lo hundiría!

CAPÍTULO VII

En el propio hotel se formalizó el traspaso de Sandro Mazzarini al Chicago Sport, abonando este equipo al Nápoles la cantidad acordada, es decir, seis millones de dólares.

Las condiciones del jugador italiano, bastante elevadas, fueron aceptadas sin rechistar por Paul Rexton, por lo que Sandro estampó su firma en el contrato.

—Bien, ya podemos notificar a los medios informativos que el Chicago Sport ha conseguido fichar a Sandro Mazzarini, el mejor futbolista italiano —dijo Rexton, rebosante de satisfacción.

—Convocaremos una rueda de prensa —habló Conrad Doyle, muy satisfecho también.

—¿Le parece bien por la mañana, Mazzarini, después del entrenamiento? —preguntó Rexton.

—Sí, no tengo inconveniente —respondió el jugador.

—¿Podrá alinearse ya el domingo, Mazzarini?

—Eso es pasado mañana.

—¿Le parece demasiado pronto?

—Bueno, con solo un entrenamiento, el de mañana, no creo que pueda compenetrarme demasiado bien con mis nuevos compañeros, pero si el entrenador estima conveniente que juegue, lo haré.

—Nos enfrentamos en nuestro estadio a los New Boys de Los Ángeles, que van terceros en la clasificación, a solo dos puntos de nosotros. Es un partido muy importante y necesitamos ganarlo, para distanciarnos de los New Boys y aproximarnos aún más al Cosmos de Nueva York, que este domingo tiene una salida difícil, ya que juega en el estadio del Boston Star, cuarto clasificado. Si el Cosmos pierde en Boston y nosotros ganamos a los New Boys, nos colocaremos a un solo punto del equipo de Nueva York. ¿Comprende ahora por qué le pido que se alinee el domingo, Mazzarini? Si juega usted, estoy seguro de que venceremos a los New Boys. No importa que no conozca bien todavía a sus nuevos compañeros. Usted es un as del balompié, Mazzarini, y los ases juegan siempre bien, aunque desconozcan la forma de jugar de sus compañeros de equipo.

—Jugaré, señor Rexton. Y trataré de hacerlo lo mejor posible —prometió Sandro.

Luciano Cavani lo miró.

Le había parecido captar una velada ironía en las últimas palabras del jugador.

¿Estaría pensando en hacer el ridículo el domingo, en el propio estadio del Chicago Sport, frente a los New Boys de Los Ángeles?

* * *

Por la mañana, en el estadio del Chicago Sport, Sandro Mazzarini fue presentado al entrenador y los jugadores del equipo americano, antes de iniciar el entrenamiento.

El preparador del Chicago Sport era Henk Timman, un técnico holandés de reconocido prestigio, que recibió poco menos que con los brazos abiertos al jugador italiano.

Sandro descubrió que no era el único futbolista europeo que figuraba en la plantilla del Chicago Sport. Había otros tres. Un yugoslavo, un alemán y un checoslovaco.

El yugoslavo se llamaba Zoran Protic y jugaba de extremo izquierda, porque era un zurdo nato. Se trataba de un jugador pequeño, pero rápido y habilidoso, que solía centrar magníficamente el balón desde casi la línea de fondo, para que fuera rematado por sus compañeros.

Kurt Ziemmer, el germano, era un excelente mediocampista y se encargaba de organizar los ataques de su equipo. Controlaba muy bien la pelota y poseía una gran visión del juego. Era, además, un buen rematador, y había conseguido varios goles en lanzamientos desde fuera del área.

Josef Licka, el checoslovaco, se alineaba en el centro de la defensa.

Era un zaguero fuerte, sobrio, seguro.

Toda una garantía para la retaguardia del Chicago Sport, que encajaba muy pocos goles.

Tras la presentación del jugador italiano, que también fue muy bien acogido por sus nuevos compañeros, Henk Timman dirigió el último entrenamiento de la semana.

Una vez realizados los ejercicios físicos, el técnico holandés dividió a sus jugadores en dos bandos y ordenó un partidillo de treinta minutos.

En uno de los bandos formaron los jugadores que el entrenador pensaba alinear frente a los New Boys, con la excepción del portero, que cubrió la meta del bando contrario, el formado por los jugadores reservas, porque así tendría más trabajo.

En el partidillo amistoso, Sandro Mazzarini demostró su clase, su calidad y su extraordinaria categoría, logrando batir por tres veces al portero titular, al que además obligó a emplearse a fondo en otras tantas oportunidades, para evitar nuevos goles.

El jugador italiano se entendió muy bien con sus nuevos compañeros, de manera especial con Zoran Protic el veloz exterior yugoslavo, y Kurt Ziemmer, el centrocampista germano, cerebro del equipo.

Daba la impresión de que no era la primera vez que Mazzarini. Protic y

Ziemmer jugaban juntos, sorprendiendo a todos con sus espectaculares combinaciones.

Nada de extraño tuvo, pues, que el bando titular ganara por 7-1 al bando reserva.

—¡Por ese resultado ganaremos mañana a los New Boys, señor Cavani! —aseguró Paul Rexton, exultante de alegría.

El presidente del Nápoles, que no pensaba regresar a Italia hasta el lunes, porque deseaba presenciar el debut de Sandro Mazzarini en las filas del Chicago Sport, sonrió y dijo:

—Es muy posible, señor Rexton.

—¿Ha visto usted lo bien que se entiende Mazzarini con todos sus compañeros?

—Sí, claro que lo he visto.

—¡Protic. Ziemmer y él han hecho verdaderas diabluras con el balón! ¡Mazzarini era el jugador que nos faltaba para ser un equipo invencible! ¡Vamos a arrollar a los New Boys! ¡Y a todos los demás, incluido el Cosmos!

—Así sea —murmuró Luciano, diciéndose que si a Sandro le daba por jugar mal, el Chicago Sport no arrollaría a nadie.

* * *

A las doce en punto, y en la propia sala de prensa del magnífico estadio del Chicago Sport, tuvo lugar la anunciada presentación de Sandro Mazzarini a los representantes de los distintos medios informativos.

Como el jugador no se expresaba demasiado bien en inglés, respondió en italiano a las preguntas de los periodistas, entre los que había una mujer.

Sandro se fijó en ella, porque era joven y muy atractiva.

No debía de tener más de veintitrés o veinticinco años.

Rubia, de ojos azules, boca tentadora, cuerpo esbelto...

Y hablaba correctamente el italiano.

En ese idioma le hacía las preguntas al jugador, para que este la entendiera mejor.

A Sandro le gustó todo lo de la guapa periodista americana.

Incluso su voz, dulce y cálida.

Por ello, el futbolista italiano decidió entablar amistad con la chica en cuanto tuviera oportunidad.

Y se le presentó muy pronto.

CAPÍTULO VIII

Sucedió al término de la rueda de prensa.

La atractiva periodista se acercó a Sandro Mazzarini y se presentó, al tiempo que le tendía la mano:

—Me llamo Joanna Sanders y trabajo para *El Correo de Chicago.*

El jugador le estrechó la mano con delicadeza.

—Encantado, Joanna.

—Me gustaría entrevistarle a solas, Sandro. ¿Podrá ser?

—Supongo que sí.

—¿Cuándo?

—Podemos almorzar juntos, si quiere. Y mientras comemos me hace las preguntas.

—¿Dice en serio lo de almorzar juntos?

—Naturalmente.

—¿Hoy?

—Sí, claro.

—¡Oh, es fantástico!

—Espere un minuto, Joanna.

—¡Los que haga falta!

Sandro habló con Luciano Cavani, Paul Rexton y Conrad Doyle, que conversaban entre sí. El presidente del Chicago Sport no se opuso a que el jugador italiano almorzara con la periodista, aunque advirtió:

—Cuidado con lo que come y con lo que bebe, Mazzarini.

—No se preocupe, señor Rexton. Sé cuidarme.

—Estoy seguro de ello —sonrió Paul.

—La periodista es muy atractiva, Sandro —dijo el presidente del Nápoles.

—Por eso le he concedido la entrevista, señor Cavani —respondió el futbolista, guiñándole el ojo.

Luciano rio.

—¡Pedazo de bribón!

Rexton y Doyle rieron también.

El jugador se separó de ellos y se reunió con la periodista, a la que cogió familiarmente del brazo.

—Podemos irnos, Joanna.

—¿No ha puesto objeciones el señor Rexton?

—Ninguna. Pero sí me ha hecho una advertencia.

—¿Cuál?

—Que tenga cuidado con usted.

—¿Por qué?

—Es demasiado guapa y teme que me haga pensar en cosas que no debo. Especialmente en la víspera de un partido.

Joanna Sanders rompió a reír.

—¿De veras le dijo eso?

—Sí.

—El señor Rexton puede estar tranquilo, no pienso seducirle a usted, Sandro. Solo quiero hacerle una buena entrevista.

—Lo sé —sonrió el jugador.

Abandonaron el estadio.

El coche de la periodista, un «Ford» azul, estaba aparcado frente a él. Se introdujeron los dos en el vehículo, Joanna puso el motor en marcha, y el «Ford» arrancó.

* * *

Estaban almorzando ya en un buen restaurante.

Joanna Sanders quiso empezar la entrevista, pero Sandro Mazzarini dijo:

—Me hará las preguntas más tarde, en su casa.

La periodista respingó.

—¿En mi casa?

—¿Qué pasa, no quiere llevarme?

—No es que no quiera, pero... ¿Por qué desea que le lleve a mí casa, Sandro?

—Hablaremos más tranquilamente allí.

—¿Es esa la única razón?

—No.

—Lo sospechaba.

—¿Qué es lo que sospechaba?

—Nada.

—Si piensa que tengo intención de aprovecharme de usted, está equivocada, Joanna. La razón de que desee que me lleve a su casa, es otra.

—Dígamela.

—Tengo que hablar con usted.

—¿De qué?

—De algo muy serio.

—¿No puede decirme de qué se trata, Sandro?

—De las extrañas circunstancias que han motivado mi fichaje por el Chicago Sport.

—¿Por qué dice «extrañas»?

—Se lo explicaré en su casa, Joanna. No podemos hablar aquí de un

asunto tan feo.

—Está bien, Sandro. Iremos a mí apartamento en cuanto terminemos de almorzar —accedió la periodista.

* * *

Joanna Sanders vivía en un apartamento más bien pequeño, pero moderno y acogedor. Lo tenía todo muy limpio y ordenado, según pudo comprobar Sandro Mazzarini.

La periodista lo hizo pasar al *living* y se sentaron ambos en el sofá. Joanna vestía una liviana blusa color maquillaje y una falda blanca, abierta por delante, lo que le permitía exhibir en parte sus maravillosas piernas.

Sandro, por su parte, lucía un traje claro, fresco y ligero, y una camisa de cuello abierto, pues no le gustaban demasiado las corbatas.

—¿Me permite que me quite la chaqueta, Joanna?

—Por supuesto —sonrió la periodista—. Está usted en su casa, Sandro.

—Gracias, muy amable.

El futbolista se despojó de la chaqueta y la dejó sobre el brazo de uno de los sillones del *living*.

—No le ofrezco una copa porque sé que la rechazará —dijo Joanna.

—Otro día se la aceptaré. Hoy no puedo porque tengo partido mañana, ya lo sabe usted, así que nada de bebidas alcohólicas.

—Ni de mujeres.

—Exacto —asintió el jugador, riendo.

La periodista rio también.

—Hábleme ya de ese asunto tan feo, Sandro.

—Puedo confiar en usted, ¿verdad, Joanna?

—¿A qué se refiere?

—Lo que voy a contarle es muy confidencial. No debe hablar con nadie de ello. Y mucho menos publicarlo en su periódico.

—Lo mantendré en secreto, se lo prometo.

—Bien. En primer lugar, dígame qué sabe usted de la Mafia, Joanna.

La periodista respingó en el sofá.

—¿De la Mafia?

—Sí.

—¿La italiana o la americana?

—Las dos.

—Bueno, pues, poco más o menos, sé lo que sabe todo el mundo. Que se dedican a...

—¿Sabe si Paul Rexton pertenece a la Mafia? —le interrumpió el futbolista.

—¿Rexton?

—Sí.

Joanna Sanders sacudió la cabeza.
—No, seguro que no.
—¿Cómo lo sabe?
—Es un hombre muy popular en Chicago. Si estuviera relacionado con la Mafia la gente lo murmuraría. Paul Rexton es un tipo honesto. Por eso lo eligieron como presidente del Chicago Sport. Bueno, por eso y porque el fútbol es su pasión. Se ha empeñado en hacer campeón al Chicago Sport. Y, si lo consigue, creo que se volverá loco de alegría.
Sandro Mazzarini guardó silencio.
—¿Por qué me ha preguntado si Paul Rexton pertenece a la Mafia, Sandro? —quiso saber la periodista.
El jugador italiano se lo explicó.
Joanna Sanders quedó profundamente impresionada.
—¿Qué dice ahora, Joanna? —preguntó Sandro.
—No sé, la verdad... —murmuró la periodista.
—¿Sigue pensando que Paul Rexton no tiene ninguna relación con la Mafia?
—Desde luego. Estoy segura de que él no envió a los tres tipos que golpearon y amenazaron a Luciano Cavani.
—Ellos dijeron que el Nápoles recibiría muy pronto una oferta por mí del Chicago Sport. Y la recibió. Justo a los dos días. Y fue Paul Rexton quien la hizo —recordó el futbolista.
—Alguien debió decirle que el Nápoles estaba dispuesto a traspasarle a usted si le ofrecían una suma muy superior a la que ofrecían los equipos italianos que estaban interesados en hacerse con sus servicios. Y él, claro, llamó inmediatamente a Italia y pujó fuerte por usted, decidido a conseguir su fichaje. El Chicago Sport es un club rico, como la mayoría de los equipos americanos. Podía pagar seis millones de dólares por usted. Y aún más.
Mazzarini se mesó el oscuro cabello.
—No sé, Joanna, no sé... Aquellos tipos aseguraron pertenecer a la Mafia, y si la Mafia quería que yo fichase por el Chicago Sport, es porque alguien de este equipo tiene algo que ver con ella.
—Paul Rexton, desde luego, no.
—¿Quién, entonces?
—No lo sé, Sandro. Pero creo que debería usted hablar con Rexton y contarle toda la verdad, como me la ha contado a mí.
—Sí, tal vez lo haga.
—Si hay algún mafioso entre los directivos del Chicago Sport, Rexton debe saberlo. Y si no lo sabe, lo averiguará. Es un tipo honesto, ya se lo dije. La extorsión y el chantaje no caben en él.
El jugador italiano sonrió levemente.

—Cómo me alegro de haber hablado con usted de todo esto, Joanna —confesó.

La periodista le cogió la mano y le devolvió la sonrisa.

—Se siente mejor, ¿verdad?

—Sí, mucho mejor.

—Lo celebro de veras. Y le doy las gracias por haber confiado en mí, sin apenas conocerme.

—¿Sabe por qué confié, Joanna?

—No.

—Porque habla muy bien el italiano.

—Es un idioma que me encanta. También hablo español, francés y alemán, pero prefiero el italiano.

—¿Le sucede lo mismo con los hombres?

—¿Qué?

—¿Los prefiere italianos?

—Bueno, suelen ser bastante guapos, muy apasionados y unos amantes expertos, pero la verdad es que yo nunca he intimado con ninguno, así que hablo más bien de oídas que por experiencia propia.

—Tampoco yo he tenido relaciones íntimas con ninguna americana, pero me gustan. Especialmente usted, Joanna.

—Le doy las gracias, Sandro. En mi nombre y en el de las demás muchachas americanas.

El jugador le acercó el rostro.

—¿Por qué no me da otra cosa?

—¿El qué?

—Un beso.

—Quiere saber cómo besan las americanas, ¿eh?

—Sí.

—Bueno, también yo deseo saber cómo besan los italianos —confesó la periodista, pasándole los brazos por el cuello.

Sandro le pasó los suyos por la cintura.

Un par de segundos después unían sus bocas en largo y apasionado beso.

Y aún hubiera durado más, de no ser porque alguien agarró bruscamente del pelo al jugador y lo obligó a separarse de la periodista, al tiempo que rugía:

—¡Te voy a dar una lección, amigo!

CAPÍTULO IX

Sandro Mazzarini, pillado por sorpresa, no fue capaz de reaccionar con la suficiente rapidez y recibió un tremendo puñetazo en el mentón, que lo tiró del sofá.

Joanna Sanders se puso en pie de un salto.

—¿Es que te has vuelto loco, Rich? —exclamó.

El llamado Rich, un tipo joven, alto y corpulento, la empujó con su mano izquierda y la hizo caer sobre el sofá, barbotando:

—¡De ti me ocuparé luego, Joanna!

La periodista quedó momentáneamente con las piernas en alto, exhibiéndolas totalmente, pues incluso mostraba las sucintas braguitas color lila.

El espectáculo valía la pena, pero Rich Flavin no quiso perder tiempo contemplando las hermosas piernas de Joanna Sanders, porque lo único que deseaba en aquellos momentos era propinarle una buena paliza al tipo que había sorprendido abrazando y besando apasionadamente a la periodista.

Sandro Mazzarini ya se estaba incorporando.

—¿Qué mosca le ha picado a usted, compadre? —dijo, masajeándose el mentón.

El tipo, que no entendía el italiano, ladró:

—¡A mí no me hables en chino, bastardo!

Acto seguido, disparó de nuevo el puño derecho.

Sandro anduvo listo en esta ocasión y ladeó la cabeza con rapidez, burlando el puñetazo. Y, como no estaba dispuesto a darle nuevas oportunidades al tipo, le clavó el puño izquierdo en el hígado.

Rich Flavin se dobló al instante, lanzando un bramido de dolor.

Sandro le estrelló el otro puño en la cara y lo tiró al suelo.

—¿Tienes bastante ya, compañero? —preguntó el jugador, con los puños levantados, como un boxeador profesional manteniendo la guardia.

Rich Flavin lo desintegró con los ojos desde el suelo.

—¡Te voy a machacar, hijo de perra! —relinchó, y se irguió hecho una auténtica furia.

Joanna Sanders brincó nuevamente del sofá y trató de contenerlo.

—¡Basta. Rich!

—¡Aparta, zorra! —ladró el tipo, propinándole un violento empellón.

La periodista cayó.

Y no sobre el sofá, en esta ocasión, sino al suelo, lastimándose la cadera y un codo, lo que la hizo gritar.

Sandro Mazzarini se enfureció.

—Yo te enseñaré a tratar a las mujeres, cobarde —masculló, y se lanzó decididamente sobre el individuo.

Rich soltó el puño, pero el jugador detuvo el golpe con su brazo izquierdo y le hundió la derecha en el estómago, arrancándole un nuevo bramido de dolor.

El tipo volvió a encogerse.

Sandro lo desencogió con un magnífico gancho de izquierda y luego le incrustó los nudillos de su puño diestro en un pómulo, enviándolo irremisiblemente al suelo por segunda vez.

Rich Flavin sacudió la cabeza.

Los puñetazos del futbolista lo habían dejado medio atontado y casi había olvidado dónde se encontraba y lo que hacía.

Mazzarini hizo ademán de levantarlo, para seguir sacudiéndole, pero Joanna Sanders intervino:

—¡No, Sandro, por favor!

El jugador se detuvo.

La periodista se irguió, con alguna dificultad, y ordenó:

—¡Vete, Rich! ¡Fuera de aquí! ¡Y no se te ocurra volver, porque no quiero verte más! ¿Lo has entendido?

Flavin la miró con los ojos turbios, porque seguía medio aturdido, pero se incorporó haciendo un gran esfuerzo, y echó a andar hacia la puerta del apartamento, caminando como un borracho.

—Sucia ramera... —rezongó, sin volverse.

Joanna lo siguió, para asegurarse de que abandonaba el apartamento.

Rich, efectivamente, abrió la puerta y se marchó, cerrando de un ruidoso portazo.

La periodista echó el cerrojo para que Rich Flavin no pudiera colarse de nuevo en su apartamento, caso de que lo intentara, y volviera a sorprenderles.

Después regresó al *living,* agarrándose la cadera izquierda.

Sandro se dio cuenta de que cojeaba ligeramente y la cogió del brazo.

—¿Te hiciste daño al caer, Joanna? —preguntó, tuteándola.

—Sí, me di un fuerte golpe en la cadera y me duele. También me duele el codo.

—Me ocuparé de ti. ¿Dónde tienes el botiquín?

—En el cuarto de baño. Iré por él.

—No, yo lo traeré. Tú siéntate en el sofá y no te muevas, ¿de acuerdo?

—Bien.

—¿Dónde está el baño?

Joanna se lo indicó y Sandro fue rápidamente hacia allí, regresando segundos después con el botiquín.

—¿Quién era ese salvaje, Joanna? —preguntó el jugador.

—Rich Flavin, un amigo mío.

—¿Cómo es posible que tengas amigos así?

—En realidad ya habíamos dejado de serlo. Rich está enamorado de mí y había intentado varias veces llevarme a la cama, pero yo siempre me negué. No sentía nada por él, así que no podía complacerle. Se lo dije bien claro y dejamos de vernos. Pero Rich no es de los que se resignan fácilmente. Hoy, por lo visto, venía dispuesto a insistir, se coló silenciosamente en el apartamento y nos sorprendió besándonos, lo cual le enfureció terriblemente. Por eso te atacó. Por fortuna, sabes defenderte magníficamente, Sandro. ¿También eres boxeador, además de futbolista?

Mazzarini sonrió.

—No he practicado el boxeo, pero es un deporte que me gusta y he presenciado muchos combates. En Italia hay una gran afición por el pugilismo.

—Me alegro de que le dieras una paliza al bravucón de Rich. Se la merecía.

El jugador italiano, que ya había abierto el botiquín y extraído un frasco de linimento, indicó con la mayor naturalidad:

—Quítate la falda. Joanna.

—¿Qué me la quite? —respingó la periodista.

—Sí, para que pueda aplicarte esto en la cadera.

—Pero es que...

—¿Qué pasa, te da vergüenza quedarte en pantaloncitos delante de mí? —sonrió Mazzarini—. Ya no eres una niña, Joanna.

—Precisamente por eso.

—No temas, no intentaré propasarme —prometió el jugador—. Además, mañana debuto en el Chicago Sports así que no corres ningún peligro. Si fuera lunes, sería otra cosa.

—Está bien —accedió la periodista, y se despojó de la falda.

Sandro le examinó la cadera izquierda.

—Tenías razón, el golpe fue bastante duro —dijo, rozándole la piel con las yemas de los dedos.

Joanna se estremeció.

—¿Te duele mucho? —preguntó el jugador.

—Bastante, sí.

—Esto te aliviará.

—Eso espero, porque si no...

Sandro le aplicó el linimento con sumo cuidado.

También le atendió el codo.

—Listo, Joanna —dijo, guardando el frasco en el botiquín.

—Gracias, Sandro.

—No hay de qué.

—¿Puedo ponerme ya la falda?

—Es mejor que no.

—¿Para mí cadera?

—Para mis ojos.

—No seas sinvergüenza, Sandro —rio la periodista, y cogió su falda, aunque no se la puso.

Se limitó a cubrirse los tentadores muslos con ella.

El futbolista la cogió por la cintura y dijo:

—Nos estábamos besando cuando Rich Flavin me atacó, ¿recuerdas?

—¿Y qué?

—Bueno, creo que deberíamos continuar, porque un beso interrumpido bruscamente no deja buen sabor de boca.

—Otro día, Sandro.

—¿No quieres que acabemos el beso?

—No.

—¿Por qué?

—Me duele la cadera.

—No quiero besarte la cadera, sino los labios.

La periodista no pudo reprimir una risita.

—No insistas, Sandro, por favor.

—¿Así me agradeces que me haya ocupado de tu cadera y de tu codo?

—Bueno, si vas a enfadarte...

—Mucho.

—Entonces, bésame. No quiero verte enfadado, Sandro.

—Eso está mejor —sonrió el futbolista, y la besó con ganas.

Joanna le devolvió el beso.

Escasos segundos después, sentía la mano del jugador en su muslo derecho, acariciadora.

La periodista volvió a estremecerse.

Interrumpió un momento el beso y dijo:

—Te recuerdo que mañana tienes partido, Sandro.

—No temas, no tengo intención de hacer el amor contigo. Solo acariciarte un poco las piernas, pero que el beso nos guste más a los dos.

—Ya.

—¿Puedo seguir, Joanna?

—Por mí...

—Gracias —dijo el jugador, y volvió a unir su boca a la de ella.

CAPÍTULO X

El extraordinario estadio del Chicago Sport, con una capacidad que superaba ligeramente los ciento veinte mil espectadores, se hallaba prácticamente al completo.

La razón de que registrara una de las mejores entradas de toda su historia era el debut en las filas del Chicago Sport de Sandro Mazzarini, el as italiano.

Los aficionados estaban ansiosos por ver jugar al ex delantero centro del Nápoles, de cuya fama tenían todos noticia, pero querían que esa fama la demostrara en el partido contra los New Boys de Los Ángeles, terceros en la clasificación, puesto que avalaba suficientemente su calidad y peligrosidad.

Era un encuentro difícil.

Una buena piedra de toque para saber lo que iba a ser de ahora en adelante el Chicago Sport con la incorporación del famoso ariete italiano.

Del resultado del choque contra los New Boys, y de la actuación personal de Sandro Mazzarini, dependía que los hinchas del Chicago Sport albergasen esperanzas de superar al Cosmos de Nueva York en la tabla de clasificación y proclamarse campeones, o renunciasen totalmente a conseguir el título.

Y es que no bastaba con ganar a los New Boys.

Había que derrotarles de forma clara y contundente, avasallarlos, arrollarlos materialmente, para concienciarse todo el mundo de que el Chicago Sport, con Sandro Mazzarini en el eje de su delantera, podía vencer a cualquier rival, tanto en su estadio como lejos de él.

Incluso al Cosmos, en el propio Nueva York.

Era el partido más difícil que le quedaba por jugar al Chicago Sport, en aquella segunda vuelta del campeonato. En la primera vuelta el Cosmos había vencido por 1-2 al Chicago Sport, en el campo de este, por lo que ahora le correspondía al Chicago Sport viajar a Nueva York, en la penúltima jornada del campeonato.

Ese día podía decidirse el torneo, porque no era probable que en la última jornada variasen las posiciones que después del partido Cosmos-Chicago Sport ocupasen estos dos equipos.

El Cosmos, en la última jornada, tenía una salida fácil, ya que jugaría contra uno de los colistas del campeonato, al que seguramente machacaría.

El Chicago Sport, por su parte, recibía en su estadio, en esa última jornada, a otro equipo de los clasificados en los últimos lugares de la tabla,

por lo que su victoria también seria clara y rotunda.

La clave, pues, estaría en el encuentro Cosmos-Chicago Sport.

Si para entonces, claro, el Chicago Sport estaba lo suficientemente cerca del Cosmos como para adelantarle, caso de batirle en el propio Nueva York, lo que sería toda una hazaña, porque el Cosmos era poco menos que invencible en su estadio.

De ahí que los hinchas del Chicago Sport tuviesen tanto interés en ver en acción a Sandro Mazzarini, el fenómeno italiano, y en qué tanto por ciento aumentaba la peligrosidad del Chicago Sport con su alineación.

En el palco presidencial, Paul Rexton se veía exultante, pues no dudaba que su equipo, con Sandro Mazzarini, iba a golear a los New Boys.

Como a su derecha tenía al presidente del equipo de Los Ángeles, Rexton no podía decir en voz alta lo que pensaba, por cortesía y respeto hacia su colega, aunque el brillo de los ojos le delataba, ya que expresaba claramente la seguridad que tenía en la victoria del Chicago Sport.

A su izquierda, Paul Rexton tenía a Luciano Cavani.

Y como le resultaba muy difícil contenerse, Rexton aprovechó una distracción del presidente de los New Boys para quitarse el cigarro de la boca y murmurar al oído del presidente del Nápoles:

—¡Se van a llevar seis roscos por lo menos!

Luciano Cavani no pudo contener la risa.

Y es que Paul Rexton empezaba a caerle bien.

Sandro Mazzarini le había referido su conversación con Joanna Sanders, y el hecho de que esta rechazara categóricamente que Paul Rexton tuviera relaciones con la Mafia había hecho dudar a Luciano Cavani, como antes había hecho dudar al jugador italiano.

Ambos pensaban ahora que quizá el presidente del Chicago Sport no era responsable de nada. Sandro estaba decidido a hablar con Paul Rexton, pero lo haría después del partido contra los New Boys.

Y estaba dispuesto a jugar bien, aunque lo había meditado bastante.

En principio, no quería ayudar a que el Chicago Sport lograse una sonada victoria frente al equipo de Los Ángeles, por la intervención de la Mafia en su traspaso, pero Luciano Cavani le había convencido de que debía rendir al máximo.

Y por varias razones.

La primera, la posible inocencia de Paul Rexton.

Si realmente no tenía nada que ver con la Mafia, no se merecía un disgusto tan tremendo como el que Sandro le causaría teniendo una mala actuación.

Después estaban los aficionados.

Las ciento veinte mil personas que llenaban el grandioso estadio.

No tenían ninguna culpa de que la Mafia hubiera obligado al presidente

del Nápoles a traspasar al mejor jugador de su equipo al Chicago Sport.

Ellos habían acudido al estadio ilusionados, esperanzados, deseosos de presenciar personalmente las sensacionales jugadas de la estrella italiana, de aplaudirle a rabiar, de cantar sus goles a pleno pulmón, hasta enronquecer.

No, ellos tampoco se merecían que Sandro Mazzarini les brindase una actuación pésima, ridícula, impropia no ya de un jugador de su fama y categoría, sino de cualquier futbolista de la primera división americana.

Por último, estaba Joanna Sanders.

Se hallaba también presente en el estadio y se sentiría profundamente defraudada si el jugador italiano no hacía honor a la fama de que venía precedido.

Y Sandro no deseaba defraudar a la periodista.

Le gustaba.

Desde el primer momento le gustó, pero ahora que ya la había tenido en sus brazos, que había besado sus preciosos labios y había acariciado sus maravillosas piernas, le gustaba mucho más.

Sentía algo especial por ella.

Algo que no había sentido antes por ninguna mujer.

Y deseaba que su relación continuara, que fuera cada vez más íntima, más completa.

Por todo ello, Sandro no quería que Joanna le viera corretear torpemente por el terreno de juego, fallando los pases, las recogidas de balón, los remates, y estropeando las jugadas que hilvanasen sus compañeros.

Tampoco estos eran merecedores de que Sandro hiciese un mal partido, después de lo bien que lo habían recibido. Estaban todos muy ilusionados, deseando saltar al campo y demostrar a los aficionados que, con Sandro Mazzarini, no iban a tener rival.

Zoran Protic y Kurt Ziemmer, particularmente, tenían unas ganas locas de que comenzase el partido, para repetir las combinaciones que ya ensayaran en el entrenamiento del día anterior y perforar varias veces la portería de los New Boys, entre los tres.

Henk Timman, el técnico holandés, estaba tan ilusionado o más que sus jugadores, porque pensaba que, con el extraordinario refuerzo del as italiano, el Chicago Sport podía ser todavía campeón.

Sandro no podía ni debía traicionar a tanta gente, perteneciese Paul Rexton a la Mafia o no.

Tenía que esforzarse como nunca por triunfar y no defraudar a nadie.

Y con ese firme propósito saltó al terreno de juego.

CAPÍTULO XI

Los ciento veinte mil espectadores vibraron de entusiasmo cuando vieron que los jugadores de ambos equipos saltaban al campo, junto con el trío arbitral.

Naturalmente, todas las miradas se posaron en la atlética figura de Sandro Mazzarini, que recibió una tremenda ovación cuando saludó al público brazo en alto, como los demás jugadores.

Los reporteros gráficos invadieron el terreno de juego, deseosos de fotografiar al jugador italiano equipado con los colores del Chicago Sport, su nuevo equipo.

Sandro fue fotografiado en solitario y también formando parte del equipo, cuando este posó para los reporteros. Los New Boys también posaron para los fotógrafos, pero estos apenas prestaron atención al equipo de Los Ángeles.

La atracción era el último fichaje del Chicago Sport, y él acaparó toda la atención. Cuando por los altavoces se dieron las alineaciones de los equipos, y sonó el nombre de Sandro Mazzarini, este recibió otra ensordecedora ovación.

El jugador italiano se emocionó.

Estaba acostumbrado a las ovaciones, pero en su país, no fuera de él.

Se hallaba en América.

Muy lejos de Italia.

Ante un público que solo le conocía de oídas.

Sin embargo, ya no podían expresarle con más fervor su cariño y su alegría por tenerle entre ellos.

Sandro ya había decidido jugar a tope, pero, si no hubiera sido así, seguramente lo habría decidido en aquel momento, al sentirse ovacionado de aquella manera tan fabulosa por las gentes de Chicago.

Se merecían que se partiese el pecho por ellos, y dispuesto a partírselo estaba, si era necesario.

Los jugadores de ambos equipos estaban peloteando ya, mientras sus respectivos capitanes dialogaban con el árbitro, en el círculo central del campo.

Kurt Ziemmer, el jugador germano, era el capitán del Chicago Sport.

Mientras se procedía al sorteo de los campos, Sandro Mazzarini le chutó varias veces a su portero, más que con potencia con inteligencia y colocación, obligando al guardameta a estirarse como si fuera de goma para evitar que los balones lanzados por el as italiano se colasen en su portería.

Los aficionados disfrutaron de lo lindo con los lanzamientos del nuevo ariete del Chicago Sport, escuchándose comentarios como estos:

—¡Coloca el balón donde quiere!

—¡Qué efecto le da a la pelota!

—¡Es un fenómeno!

—¡Un mago del balón!

—¡Qué fichaje hemos hecho, madre!

—¡Si yo fuera el portero de los New Boys me excusaba diciendo que tengo colitis! ¡Lo va a pasar mal, el pobre!

Este último comentario provocó un estallido de carcajadas.

Segundos después, daba comienzo el partido.

* * *

Había sacado de centro el ariete de los New Boys, retrasando la pelota hacia el número 8, quien se encargó de organizar el primer avance del equipo de Los Ángeles.

El balón fue enviado hacia el área del Chicago Sport, por alto, para ver si lo recogía el delantero centro, pero Josef Licka se anticipó al jugador contrario y se hizo con el esférico.

El excelente zaguero checo no despejó el balón al buen tuntún, sino que salió con él, jugándolo con serenidad e inteligencia, para luego pasarlo a Kurt Ziemmer, que se había desmarcado.

El centrocampista alemán avanzó unos metros con la pelota perfectamente controlada, sorteó a un contrario, y después le sirvió el balón en profundidad a Zoran Protic.

El pequeño extremo yugoslavo corrió como una liebre, dejando atrás al defensa que le marcaba, y llegó con ventaja a la pelota.

Sandro Mazzarini se había disparado hacia el área de los New Boys para recibir el centro de Protic.

El yugoslavo, como de costumbre, centró el balón casi desde la línea de fondo. Fue un centro matemático, preciso, envenenado para el portero de los New Boys, pues ni aun abandonando su meta hubiera tenido posibilidades de llegar al balón.

El que sí llegó, fue Sandro.

Se había desmarcado muy astutamente y pudo rematar el balón de cabeza, con extraordinaria potencia, colándolo por la escuadra derecha de la portería del equipo de Los Ángeles.

* * *

—¡¡¡GOOOOOOOL!!!

El estadio del Chicago Sport temblaba como sacudido por un terremoto,

y había motivos para ello, porque la jugada iniciada por Licka, continuada por Ziemmer, apurada por Protic y rematada por Mazzarini había sido realmente fantástica.

Una combinación perfecta, que los jugadores del equipo rival no habían podido desbaratar, pues ninguno de ellos llegó a tocar siquiera el balón.

Serenidad en el defensa checoslovaco, inteligencia y habilidad en el mediocampista germano, velocidad y precisión en el extremo yugoslavo, potencia y colocación en el remate de cabeza del delantero centro italiano.

Todo era digno de elogio, pero de manera especial el poderoso testarazo del ariete italiano. Fue un auténtico obús, lanzado desde un lugar en donde hubiera sido más apropiado rematar con la pierna que con la cabeza, porque había bastantes metros hasta el marco que defendía el portero de los New Boys.

Pero Mazzarini, que confiaba en la potencia de sus testarazos, no había querido perder tiempo echando la pelota al suelo para luego rematarla con el pie, porque el defensa del equipo de Los Ángeles tal vez hubiera desbaratado la preciosa jugada.

Había que rematar el balón por el aire, tal como venía, con rapidez.

Y así lo había hecho el as italiano, logrando un gol maravilloso.

De los de su marca.

Y el 1-0 subió al marcador.

¡A los tres minutos escasos de partido!

Todo hacía pensar, pues, que los New Boys iban a perder por goleada.

Y por goleada perdieron.

¡8-0 fue el resultado final!

¡Todo un palizón!

De los ocho goles marcados por el Chicago Sport, cinco llevaron la firma de Sandro Mazzarini.

El jugador italiano realizó un partido soberbio, maravillando a los aficionados, que se rompieron las manos aplaudiéndole y se quedaron roncos vitoreándole.

En realidad, todo el conjunto del Chicago Sport funcionó a la perfección, contagiados el resto de los jugadores de las excelencias futbolísticas de Sandro Mazzarini.

El ariete italiano era un fenómeno, y a su lado sus compañeros lo parecían también, formando un bloque prácticamente invencible, ya que, a la habitual solidez de su defensa, comandada por Josef Licka, se unía ahora la peligrosidad de su ataque, con la inclusión de Sandro Mazzarini.

Cada avance del Chicago Sport parecía que iba a acabar en gol.

Cuando el árbitro señaló el fin del encuentro, Sandro Mazzarini recibió la ovación más grande que había escuchado jamás en un campo de fútbol, mientras era abrazado y felicitado por sus compañeros de equipo.

Algunos de ellos, como el pequeño Protic, lloraban de alegría.

Sandro notó que también a él se le humedecían los ojos.

Se sentía muy emocionado.

Y también muy feliz.

A pesar de las desagradables circunstancias que habían motivado su traspaso al Chicago Sport.

* * *

Aquella misma tarde, apenas salir de los vestuarios, Sandro Mazzarini buscó a Paul Rexton.

El presidente del Chicago Sport era la imagen viva del júbilo.

—¡Campeones! ¡Vamos a ser campeones! —repetía una y otra vez, en presencia de los representantes de los medios informativos.

Al ver al jugador italiano, Rexton corrió hacia él y lo abrazó efusivamente.

—¡Es usted genial, Mazzarini! ¡El mejor jugador que he visto en mi vida!

—Tengo que hablar con usted, señor Rexton.

—¡Le escucho!

—Aquí no, señor Rexton. En privado.

—¿Sucede algo, Mazzarini?

—Sí.

—Está bien, vamos a mí despacho.

Paul Rexton y Sandro Mazzarini abandonaron la sala de prensa.

Ya en el despacho del presidente del Chicago Sport, este preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre, Mazzarini?

—Deseo hacerle una pregunta, señor Rexton, y quiero que me jure usted que me responderá con la verdad.

Paul levantó la mano derecha.

—Se lo juro, Mazzarini.

Sandro dejó transcurrir unos segundos y después preguntó:

—¿Pertenece usted a la Mafia, señor Rexton?

CAPÍTULO XII

Paul Rexton abrió la boca de par en par, al tiempo que sus ojos se dilataban, todo ello a causa de la sorpresa.

—¿Qué si pertenezco a...? —balbuceó.

—La Mafia —repitió Sandro Mazzarini, serio.

—¿Qué le hace suponer que yo...?

—Responda a mí pregunta, señor Rexton. Y recuerde que juró contestarme con la verdad.

—No pertenezco a la Mafia. No tengo la menor relación con ella. Ni siquiera conozco a alguien que tenga algo que ver con la Mafia —aseguró el presidente del Chicago Sport.

Sandro esbozó una sonrisa, porque tanto la expresión de Paul Rexton como sus palabras le parecían absolutamente sinceras, lo que le quitó un gran peso de encima.

—Creo que dice usted la verdad, señor Rexton.

—¿Por qué me ha preguntado si pertenecía a la Mafia, Mazzarini?

El jugador se lo contó todo.

Paul Rexton se quedó de piedra.

—¿De veras amenazaron y golpearon al señor Cavani? —dijo, sin poderlo creer.

—Sí, señor Rexton. Tres hombres que aseguraron pertenecer a la Mafia —repitió Sandro.

—¿Y el señor Cavani y usted pensaron que yo...?

—¿No lo hubiera pensado usted, en nuestro lugar?

—Sí, claro —rezongó Paul—. Es natural que...

—¿Quién le dijo que el Nápoles quería traspasarme por una elevada cantidad, señor Rexton? —preguntó Sandro.

—Conrad.

—El señor Doyle, ¿eh?

—Sí, nuestro secretario técnico.

—Entonces, él es el mafioso.

Paul respingó.

—¿Conrad Doyle, un mafioso?

—Seguro.

—No puedo creerlo.

—Hablemos con él, señor Rexton. Le obligaremos a confesarlo todo.

El presidente del Chicago Sport, tras unos segundos de duda, asintió con la cabeza y dijo:

—Espere aquí, Mazzarini. Traeré a Conrad y al señor Cavani. Quiero que esté presente cuando interroguemos a Doyle.

—Bien.

Paul Rexton salió del despacho.

Poco después regresaba acompañado de Conrad Doyle y Luciano Cavani.

Sandro miró fijamente al secretario técnico del Chicago Sport.

—Pregúnteselo, Mazzarini —indicó Rexton.

El jugador lo hizo:

—¿Pertenece usted a la Mafia, señor Doyle?

* * *

Conrad Doyle se había puesto pálido.

Temblaba.

Se veía terriblemente nervioso.

Como no respondía, Sandro Mazzarini repitió la pregunta:

—¿Pertenece usted a la Mafia, señor Doyle?

El secretario técnico miraba asustado al jugador italiano, a Paul Rexton y a Luciano Cavani.

—¿Cómo... cómo puede pensar que yo... que yo...? —tartamudeó, haciendo una trenza con los dedos de sus manos.

Sandro dio un paso hacia él y lo agarró de la chaqueta con brusquedad, levantándolo casi del suelo.

—Le hemos descubierto, Doyle, así que mejor será que lo confiese todo.

—¿Qué quieren que confiese?

—Que pertenece usted a la Mafia.

—No es verdad.

—¡Miente!

—¡No!

—¡Está asustado como un conejo! ¡Le tiembla todo! ¡Si no hubiera enviado usted a los tres tipos que amenazaron y golpearon al señor Cavani, no tendría miedo!

—¡No sé de qué me habla, Mazzarini!

—¡Le refrescaré la memoria a golpes! —rugió el jugador, y le dio un par de sonoras bofetadas con la mano derecha, mientras lo sujetaba con la izquierda.

Cuando iba a darle la tercera, el secretario técnico gritó:

—¡Basta, no me pegue más! ¡Confesaré!

—¡Adelante!

—¡Es cierto que yo envié a esos hombres, pero no pertenezco a la Mafia! ¡Ni ellos tampoco! ¡Son tres vulgares matones, a los que contraté

porque era la única manera de conseguir su fichaje, Mazzarini!

Sandro, tras cambiar una mirada con Paul Rexton y Luciano Cavani, preguntó:

—¿Por qué dijeron los tipos que era la Mafia la que deseaba que yo fichara por el Chicago Sport?

—Fue idea mía. Sabía que así el señor Cavani no se atrevería a avisar a la policía italiana y obedecería —confesó Conrad.

Sandro sintió deseos de abofetearle de nuevo.

—Es usted una rata asquerosa, Doyle.

—¡Por favor, no me golpee más! ¡Ya lo he confesado todo!

El jugador lo empujó violentamente y lo tiró al suelo.

—¿Qué hacemos con él, señor Rexton?

—No podemos entregarlo a la policía, porque su delito lo cometió en Italia, pero voy a echarlo del club, por sucio y miserable —masculló el presidente del Chicago Sport.

Conrad Doyle, que seguía en el suelo, exclamó:

—¡Lo hice por el bien de nuestro equipo, señor Rexton! ¡Quería que fuésemos campeones!

—¡Yo también, pero no de esa manera! —rugió Paul—. ¡Fuera de mí vista, Doyle! ¡Y no se atreva a poner los pies en nuestro estadio, porque lo echaré a patadas, gusano!

El secretario técnico se puso en pie y abandonó el despacho, con la cabeza baja.

* * *

Paul Rexton se dejó caer en el sofá del despacho, totalmente abatido.

—Me siento terriblemente avergonzado, créanme —confesó.

Sandro Mazzarini y Luciano Cavani cambiaron una mirada.

El presidente del Nápoles dijo:

—Usted no es culpable de nada, señor Rexton. Ignoraba lo que había hecho Doyle.

—Eso no cambia las cosas, señor Cavani. La realidad es que el Chicago Sport ha conseguido el fichaje de Sandro Mazzarini por medios ilícitos. Por eso, si usted lo desea, anularemos el contrato y Mazzarini volveré a ser jugador del Nápoles. Creo que moriré del disgusto si decide usted eso, pero no es justo que yo haga valer un traspaso que usted no quería realizar.

Luciano Cavani miró nuevamente al jugador.

—No soy yo quien debe decidir si Sandro se queda en Chicago o regresa a Nápoles, señor Rexton, sino él. Y tengo la impresión de que prefiere quedarse en América.

—¿De veras? —se alegró Paul.

El as italiano sonrió y dijo:

—Seguiré en el Chicago Sport, señor Rexton. Tenemos que ser campeones.

—¡Gracias, Mazzarini! ¡Y a usted también, señor Cavani! ¡Son dos hombres admirables, extraordinarios!

* * *

Aquella noche, Sandro Mazzarini y Joanna Sanders cenaron juntos.

Mientras cenaban, el jugador informó a la periodista de todo, seguro de que ella no lo publicaría en su periódico.

—Me alegro de que el asunto se haya aclarado, Sandro. Y de que te quedes en América.

—Tenía muchas razones para quedarme, Joanna. Y tú eres una de ellas.

—¿De veras?

—Tengo que seguir ocupándome de tu cadera —bromeó el futbolista.

La periodista rio.

—Mi cadera ya está bien.

—Embustera. Todavía cojeas al andar.

—Pero muy poco.

—Necesitas una nueva aplicación de linimento. Y te la voy a dar esta noche.

—Está bien, si te empeñas...

Terminaron de cenar, abandonaron el restaurante y se dirigieron al apartamento de la periodista en el coche de esta.

Apenas entrar en él, Sandro la enlazó por el talle, la atrajo hacia sí y buscó sus labios.

Joanna le puso las manos en el pecho y le frenó.

—¿No decías que ibas a ocuparte de mí cadera?

—Después.

—¿De qué?

—De besar de nuevo tu preciosa boca —respondió el jugador, y la besó.

La periodista le cercó el cuello con sus brazos y colaboró activamente en la caricia.

De pronto, alguien surgió de detrás de una cortina.

¡Era Rich Flavin!

¡Y esgrimía un cuchillo de larga y centelleante hoja!

CAPÍTULO XIII

Por fortuna, Sandro Mazzarini descubrió a tiempo al violento pretendiente de Joanna Sanders.

—¡Cuidado! —gritó, apartando bruscamente a la periodista.

—¡Muere, maldito! —rugió Rich Flavin, y se lanzó sobre el futbolista, con el cuchillo por delante.

Joanna chilló.

—¡No, Rich!

Flavin intentó clavar el cuchillo en el pecho de Mazzarini, pero este saltó de lado y esquivó la mortal cuchillada. Y antes de que el tipo lo intentara de nuevo, el jugador le aferró el brazo derecho y se lo puso en la espalda, levantándole mucho la mano.

Rich Flavin lanzó un grito de dolor.

—¡Suelta el cuchillo, Flavin! —ordenó Sandro—. ¡Suéltalo o te rompo el brazo!

Rich no entendía lo que decía el italiano, pero como le dolía terriblemente el hombro, abrió la mano y dejó escapar el cuchillo.

—¡Eso está mejor! —rezongó Sandro, obligando al tipo a volverse.

Entonces le estrelló el puño en la mandíbula.

Flavin salió despedido y acabó tendido en el suelo.

Sandro fue rápidamente hacia él, lo levantó con brusquedad y le golpeó de nuevo.

En el estómago.

En el rostro.

En el hígado.

De nuevo en la cara...

Rich Flavin se derrumbó por segunda vez.

Y no se levantó.

Había perdido el conocimiento.

Sandro se masajeó los nudillos y se volvió hacia Joanna.

—Tendremos que avisar a la policía —dijo.

—Sí, porque Rich quería matarte. Y creo que después me hubiera matado también a mí —respondió la periodista.

—Seguro, porque el tipo está loco.

Joanna fue hacia el teléfono, tomó el auricular y marcó el número de la policía.

* * *

Los agentes de la ley se habían llevado ya a Rich Flavin, esposado, después de escuchar a Sandro y Joanna, quienes tendrían que pasarse por la mañana por la comisaría del distrito, para firmar sus respectivas declaraciones.

—Bien, creo que ya es hora de que me ocupe de tu preciosa cadera, Joanna.

—Desde luego —sonrió la periodista.

—Iré por el botiquín.

—Tendré que quitarme el vestido, ¿no?

—Naturalmente.

—Eres un granuja, Sandro.

—Mi madre ya lo decía —respondió el jugador, riendo, y fue por el botiquín.

Joanna se despojó del vestido, quedando en pantaloncitos y sujetador, muy breves y sugestivas ambas prendas. Se sentó en el sofá y esperó el regreso del futbolista.

Sandro no se hizo esperar.

Al verla así, prácticamente desnuda, se quedó parado y la observó fijamente.

—Madre mía... —murmuró.

—No te hagas ilusiones, te lo advierto. Solo voy a permitirte que me atiendas la cadera.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Qué lástima —suspiró el jugador, acercándose.

Se sentó en el sofá, abrió el botiquín y le aplicó el linimento en la cadera, no sin antes bajarle un poco el pantaloncito, para no mancharlo.

La otra vez también lo hizo, pero menos, por lo que Joanna dijo:

—¿Es que quieres despojarme de la poca ropa que me queda?

—Quizá lo intente, porque hoy es domingo —respondió Sandro, sonriendo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que hasta dentro de siete días no tengo partido.

—¿Y...?

—Esta noche podemos hacer el amor, Joanna.

—¿Solo porque sí?

—No, solo porque sí, no. Si deseo hacer el amor contigo es porque siento algo sincero y profundo por ti, Joanna. Claro que si tú no sientes nada especial por mí...

—¿Tú qué crees?

—No sé.

La periodista le echó los brazos al cuello y preguntó:

—¿Piensas que yo me despojo de la falda o del vestido delante de cualquiera, y encima le permito que me baje un poco el pantaloncito con la excusa de que quiere atenderme la cadera?

—Desde luego que no.

—Si lo he hecho es porque no me importa que me estreches en tus brazos, me beses, me acaricies y me hagas tuya.

—Joanna...

—Bésame, Sandro —pidió la periodista.

El jugador la besó, la abrazó con fuerza, la despojó del pequeño sujetador y le acarició los firmes y redondos senos, provocando el endurecimiento de los rosados pezones.

Joanna se estremeció de placer.

De pronto, interrumpió el beso y preguntó:

—¿Cómo vamos a hacer el amor, Sandro? ¿A la italiana o a la americana?

—De las dos maneras, para que no se diga —respondió el futbolista.

—¡Bravo!

Rieron los dos y volvieron a unir sus bocas para, tan solo unos minutos después, unir también sus cuerpos.

* * *

El Cosmos de Nueva York no había perdido en el estadio del Boston Star, pero tampoco pudo ganar. El resultado fue de 1-1, por lo que el Cosmos vio reducida su ventaja sobre el Chicago Sport a solo dos puntos.

En la siguiente jornada, el Cosmos ganó en su propio estadio, como estaba previsto, logrando un claro 3-0. El Chicago Sport, por su parte, ganó también en su desplazamiento a Atlanta, arrollando literalmente al equipo local, ya que el resultado fue de 1-5.

El conjunto de Chicago asombró a los aficionados de Atlanta con su magnífico juego. Y especialmente Sandro Mazzarini, el as italiano, que brindó toda una exhibición de fútbol a los espectadores.

El Cosmos de Nueva York, a la vista de cómo había aumentado el poder ofensivo del Chicago Sport tras el fichaje del ariete italiano, se empleó a fondo en los siguientes partidos, con el fin de mantener los dos puntos de ventaja que le llevaba al equipo de Chicago.

Y lo consiguió.

Tampoco el Chicago Sport cedió ningún punto.

Todos sus encuentros se contaban por victorias.

Y victorias aplastantes, además.

Machacando a sus contrarios.

El equipo de Chicago era una máquina de hacer fútbol.

¡Y goles!

En solo seis partidos, Sandro Mazzarini había conseguido nada menos que veinte goles.

¡Lo nunca visto en América!

Y así, con total euforia por parte de los aficionados de Chicago y una profunda preocupación en los aficionados de Nueva York, se llegó a la penúltima jornada del campeonato y al trascendental partido que debían disputar el Cosmos y el Chicago Sport, en el estadio del primero.

Al Cosmos le bastaba con no perder, puesto que si el encuentro terminaba con empate, seguida teniendo dos puntos más que el Chicago Sport y al domingo siguiente se proclamaría campeón.

El Chicago Sport, en cambio, necesitaba ganar, ya que el empate no le servía para nada. Tenía que ganar y, a ser posible, por más de un gol de diferencia, para superar el 1-2 que el Cosmos logró en la primera vuelta cuando jugó en Chicago.

Luciano Cavani había venido expresamente desde Italia para presenciar el choque Cosmos-Chicago Sport, invitado por Paul Rexton, lo que alegró enormemente a Sandro Mazzarini.

El presidente del Chicago Sport estaba seguro de que su equipo iba a ganar al Cosmos y quería tener a su lado al presidente del Nápoles, para celebrar juntos la victoria sobre el equipo de Nueva York y el logro del campeonato.

Y celebraron ambas cosas, porque el resultado fue de 1-3.

Fue un encuentro duro, difícil, tremendamente disputado, porque el Cosmos no quería dar su brazo a torcer. Finalmente, sin embargo, tuvo que doblegarse ante el mejor juego del Chicago Sport y su mayor poder realizador.

Empezó marcando el conjunto de Chicago, por mediación de Sandro Mazzarini, en una extraordinaria jugada de contraataque, pero el Cosmos consiguió empatar antes del descanso.

En la segunda parte, el equipo de Nueva York trató por todos los medios de mantener la igualada, pero no pudo evitar que el as italiano perforara nuevamente su meta a los veinte minutos de reanudado el juego, logrando el 1-2.

Y, quince minutos más tarde, Mazzarini, en otra fantástica jugada, mandaba de nuevo el balón a las mallas del Cosmos, estableciendo el 1-3 definitivo.

Siete días después, tal y como se esperaba, el Chicago Sport venció en su estadio al rival de turno, semicolistas del campeonato, por 11-0 y se proclamó campeón.

EPILOGO

Sandro Mazzarini y Joanna Sanders yacían en la cama, desnudos, porque se disponían a hacer el amor. Antes, sin embargo, el jugador preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo, Joanna?

—Vaya, creí que no me lo ibas a proponer nunca.

—Solo esperaba a que terminase el campeonato.

—Ya.

—¿Qué me respondes?

—Que sí, naturalmente. Entre otras cosas, porque estoy esperando un hijo.

—¿En serio? —exclamó Mazzarini, respingando.

—¿Conoces a alguna mujer que tenga los hijos en broma?

—¡Qué alegría me das, Joanna!

—Yo también me alegré mucho cuando supe que el mejor gol de toda tu carrera futbolística me lo habías metido a mí —bromeó la periodista.

Mazzarini rio con ganas.

Joanna también rio.

Sandro la besó y comenzó a acariciar su maravilloso cuerpo desnudo.

Poco después hacían el amor.

Más tarde, relajados ya los dos, aunque todavía el uno en brazos del otro, Sandro murmuró:

—Y yo que no quería venir a América...

Joanna le acarició el rostro, amorosamente.

—No estás arrepentido, ¿verdad?

—Desde luego que no —respondió el as italiano, y besó los labios de la mujer americana que había elegido por esposa.

F I N





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.